

40 Años en Chile



Mis Pequeñas Charlas

Por

Lewis Browning

Misionero en Chile

40 Años en Chile



Mis Pequeñas Charlas

Por

Lewis Browning

**Misionero
en
Chile**

Prefacio

Conozco al misionero Lewis Browning desde hace más de cuarenta años. Lo conocí en una pequeña iglesia rural cerca de Crewe, en Virginia, donde me mostró sus diapositivas de Chile y compartió su carga por el pueblo chileno. Dios usó su mensaje para ayudarme a cambiar mi vida cuando predicó en contra de estar viendo televisión en lugar de estudiar la lección de la escuela dominical. Siete años después, al finalizar la Escuela Bíblica y orando acerca de hacia dónde ir como misionero, Dios me recordó las diapositivas del hermano Browning y me rendí para ir a Chile. El hermano Browning me ha ayudado de tantas maneras antes de ir a Chile, después de llegar allí y durante todos estos años que nunca podría comenzar a contar todo lo que él y su familia han hecho por mi familia y por mí. Pero debo mencionar algunas cosas: como cuando nos recibió en el aeropuerto, nos llevó a su hogar, nos ayudó a encontrar un lugar para vivir y nos acompañó en el largo proceso de obtener nuestras visas permanentes. También nos involucró en un nuevo trabajo que nos ayudó a aprender el idioma, comprender la cultura y descubrir cómo iniciar una iglesia. Desde entonces, hemos conocido a muchos misioneros que han sido ayudados, decenas de chilenos que han sido salvados y varios pastores que han sido llamados a predicar bajo su ministerio. ¡Dios realmente ha usado al hermano Browning para ir y dar frutos, y sus frutos han permanecido!

A. J. Easter

CAPÍTULO UNO

“HE AQUÍ YO HE HECHO NECIAMENTE, Y HE ERRADO EN GRAN MANERA”

Una de las cosas que siempre me he arrepentido es no empezar un diario cuando fui al campo por primera vez. Cuando el Dr. Gambrell me preguntó si podía escribir un diario de mis años en el campo misionero, no sabía cómo ni por dónde empezar. Supongo que debería empezar por el principio. Nací en Chattanooga, Tennessee, el 8 de octubre de 1928. Nunca conocí a mi verdadero padre, ya que desapareció poco después de mi nacimiento. Fui criado por mi abuela hasta los nueve años. A pesar de que era joven, todavía puedo recordar a mi abuela, quien era cristiana, contándome acerca de Jesús y cómo murió por nuestros pecados. Supe desde que tenía cinco años que necesitaba ser salvado. Ella murió en 1937 y viví con mi tía y mi abuelo hasta casi los diez años. Mi madre se volvió a casar con mi padrastro y me mudé del campo a la ciudad para vivir con ellos.

Mi padrastro era un bebedor habitual, pero se ocupaba mucho tiempo conmigo y me llevaba a todos lados. Conducía un taxi. Me trató bien, pero me llevaba a lugares donde un niño de diez años no tiene por qué ir. Me presentaron algunas malas influencias. Murió cuando tenía treinta y nueve años. Después de dejar el campo donde vivía mi abuela, olvidé la mayor parte de lo que ella me había enseñado. Sin embargo, todavía estaba convencido cada vez que escuchaba a alguien predicar. Su hermano Ab, quien era mi tío abuelo, era un predicador bautista. También me habló muchas veces del Señor. No hace falta decir que no tuve mucha infancia. Crecí demasiado rápido.

Después de la muerte de mi padrastro, me uní a la marina Naval (Navy). Puede que no lo creas, pero solo tenía quince años. Escribí mi nombre en la parte de atrás de la Biblia y mi madre la firmó, diciendo que nació en 1926, en lugar de 1928. Esa era toda la información que necesitabas en esos días para unirse al ejército. La marina Naval requería que uno pesara ciento cinco libras (48 kg). Solo pesaba noventa y ocho libras (44 kg), así que fallé en la prueba. Fui a casa y me comí dos libras (0.9 kg) de plátanos (bananos maduros) y me bebí dos litros de leche dulce. Cuando regresé a la oficina de reclutamiento, pesaba entonces lo suficiente para ser aceptado.

No entraré en todas las cosas que me sucedieron después de mi tiempo en la Marina. Parecía que una cosa mala me llevó a la otra. Conocí y me casé con Katherine Hughes cuando tenía veinticuatro años. Eso cambió un poco mi vida, pero todavía era un malhablado y tenía la mala costumbre de apostar. En ese momento, trabajaba para una empresa de máquinas de escribir. Tuve una pelea con el gerente de servicio y perdí mi trabajo. Mi madre trabajaba en Detroit, Michigan, como enfermera en el Hospital Harper, así que, después de perder mi trabajo, Katherine y yo nos mudamos a Detroit. Vivimos en un apartamento al otro lado de un callejón del Hospital Harper. Tomé otro trabajo en la misma compañía de máquinas de escribir para la que había trabajado en Chattanooga y trabajé allí durante los siguientes doce años.

Un día para ese tiempo llegué de mi trabajo a casa, y Katherine me dijo que había conocido a una “mujer extraña” ese día. Dijo que se encontró a la señora sentada frente a nuestro apartamento, llorando. Katherine trató de ser amable y hablar con ella, pero la señora hablaba español y no entendía inglés. Finalmente le hizo señas a Katherine para que esperara allí justo donde estaba. Ella se fue, pero regresó a los pocos minutos con su esposo, Juan Chappi. Resultó que era un médico de Perú y estaba estudiando en el Hospital Harper para convertirse en cirujano torácico. Él hablaba y entendía inglés, además de español, también italiano y francés. Le explicó a Katherine que acababan de llegar a los Estados Unidos de Lima, Perú, y que su esposa, Gloria, no hablaba ni entendía inglés. Katherine le preguntó por qué estaba llorando. Él le explicó, que su

esposa esperaba un hijo en unos días y que tenían otro hijo de dos años. Estaba llorando porque no sabía qué iba a hacer con el niño de dos años mientras estaba en el hospital dando a luz. Katherine, con el esposo de la señora traduciendo para ella, le dijo a Gloria que no habría ningún problema. Tenía un hijo de dos años y estaría encantada de quedarse con su hijo durante ese tiempo. Cuando Gloria escuchó eso, saltó, agarró a Katherine, la abrazó y lloró. Este fue el comienzo de nuestra amistad con el Dr. Juan Chappi y su esposa, Gloria. En ese momento, no teníamos idea de que Dios, en Su providencia, había traído a Juan y Gloria a nuestras vidas por una razón.

Después de eso, nuestras familias estuvieron juntas continuamente. Katherine le enseñó a Gloria a cocinar platos americanos. En Lima, Perú, Gloria estaba acostumbrada a tener sirvientas; por lo tanto, ella nunca aprendió a cocinar. Una de las cosas que más recuerdo es cuando Gloria quería aprender a hacer salsas. Katherine le dijo que pusiera un poco de grasa, de la carne que ya había cocinado, en la sartén que le agregara dos cucharadas de harina, y le dijo; ‘revuélvelo hasta que esté dorado; luego viértelo alrededor de dos tazas de leche o agua para que tenga la consistencia adecuada’. Bueno, Gloria mezcló dos cucharas y dos tazas. Puso dos tazas de harina. Para lograr la consistencia adecuada, siguió vertiendo agua hasta que se escurrió por toda la estufa. Su esposo, el Dr. Chappi, se convirtió en uno de mis mejores amigos. Fue él quien me presentó mi primer partido de soccer o balompié. Pensé que era el juego más tonto que había visto. Después de vivir cuarenta años en Chile, este de todos los deportes, se ha convertido en mi deporte favorito.

Un sábado, mi madre me dijo que mi tío Ab estaba organizando una campaña avivamiento en la Iglesia Bautista Riverview, justo al sur de Detroit. Era el hermano de la abuela que me crio. Ella me dijo, que por respeto, debería ir a escucharlo. Le dije que podía ir si no tenía nada más que hacer. Realmente no quería hacerlo, pero levanté a la familia el domingo por la mañana y todos fuimos a la iglesia. Esa mañana el sermón de mi tío fue sobre David. Predicó acerca de cuándo Saúl estaba durmiendo en una cueva, y el escudero de David entró y cortó parte de la falda de Saúl. Salió Saúl y dijo: ¿Eres tú mi hijo? Cuando Saúl supo que era David, dijo: “He aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera”. Por primera vez en mi vida, me di cuenta de que ciertamente que yo había “hecho neciamente”. Yo tenía una esposa y tres hijos, y mi hija mayor se avergonzaba de decirle a la gente que yo era su padre debido a lo malhablado que yo era. También era adicto al juego y muchas veces perdía todo mi cheque de mi salario los viernes.

Dios estaba comenzando a tratar con mi corazón. Después de que mi tío terminó de predicar, comenzó a hacer la invitación y uno de los hombres regresó y me tocó en el hombro. Me preguntó si quería ser salvo. Le dije que no, por ahora no. El nombre del hombre era Grady Barton. Siguió insistiendo y pensé que nunca se iría. Una vez que lo hizo, salí corriendo de la iglesia lo más rápido que pude, me subí al auto, lo detuve frente a la iglesia y comencé a tocar la bocina. Incluso grité por la ventanilla del coche... “sal de ahí, Katherine, si quieres volver a casa conmigo”. Mi pobre esposa salió con la cara sonrojada y me preguntó: “¿Qué diablos te pasa?”, le dije a ella que no me gusta que la gente trate de forzarme a pasar al frente. Me salvaré cuando esté listo.

Nos fuimos a casa pero no podía quitarme el sermón de la cabeza. Era en octubre, y tanto la Serie Mundial como un partido de fútbol iban al mismo tiempo. Tenía el juego de béisbol transmitiéndose por la radio, y además tenía el juego de fútbol en la televisión, conjuntamente, estaba tocando una guitarra, todo al mismo tiempo. Katherine entró y dijo: “Cariño, desearía que apagaras uno de ellos. Están demasiado fuerte”. Todavía estaba bajo convicción y me levanté de un salto y rompí la guitarra sobre el sofá y le dije... “ya apagué eso... ¿algo más?” Era la primera vez que Katherine me había visto actuar de esa manera. Agarró a los niños, entró en el dormitorio y cerró la puerta. Mientras tanto, lo único en lo que yo podía pensar era: “He aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera”. El locutor de béisbol diría “dos bolas y un strike...” “¡He

aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera!” Apagué la radio y ahora el locutor de fútbol dijo: “están en la yarda cincuenta...” “He errado en gran manera. ¡He aquí yo he hecho neciamente!”

Como a las cinco de la tarde llamé a la puerta donde estaban Katherine y los niños. Ella dijo: “¿Qué quieres? Dije, prepárate que vamos a volver a la iglesia. Abrió la puerta y me preguntó: “¿Qué dijiste? Pensé que nunca volverías a esa iglesia”. Le dije: “Sí, lo sé, pero no podré ver al tío Ab después de que se vaya”. Nos vestimos y comenzamos a subirnos al auto... y pueden creerlo, se nos pinchó una llanta de camino a la iglesia. No hace falta decir que tuve que salir y cambiar la llanta. Al hacerlo, se me llenó la camisa de grasa y mis manos estaban sucias, Katherine me dijo: “vamos a llegar tarde”.

Le dije que no se preocupara, que yo conocía un atajo. Bueno, si ella estuviera aquí, podría hablarles de mis atajos. Me perdí. Cuando llegamos a la iglesia ya habían terminado de cantar en el devocional y cuando entramos por la puerta, mi tío Ab ya había comenzado a predicar. Lo recuerdo señalando sobre el púlpito y diciendo: “alguien en esta multitud va a cruzar la fecha límite de Dios esta noche”. Dijo cómo Dios había dicho que Su Espíritu no siempre contendrá con el hombre. En ese momento estaba pensando... “Yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera, y ahora estoy a punto de cruzar la fecha límite de Dios”. No recuerdo nada más de lo que dijo esa noche.

Cuando comenzó la invitación, mi tía Pearl comenzó a caminar por el pasillo hacia mí. Casi la atropello tratando de llegar al altar. Me arrodillé y le dije a Dios que lo sentía; y que quería que Él me salvara. Realmente no sabía qué esperar. De niño, mi abuela me había llevado al altar, y en su iglesia la gente se reunía alrededor y me daba palmaditas en la cabeza. Unos me decían. “Espera”, y otros decían: “Suéltate”, y otro decía: “Ora hasta el final”. Esperaba sentir algo. En ese momento, el maestro de la escuela dominical se me acercó y me dijo: “¿Qué estás buscando?” Pensé que era la pregunta más tonta que había escuchado. Aquí estoy rogando a Dios que me salve, y quiere saber lo que estoy buscando. Abrió su Biblia en Romanos 10:9 y 10 que dice: “que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Usó estos versos para convencerme de que todo estaba hecho; no había nada más para mí que hacer sino creer. Esa noche fui salvo.

CAPÍTULO DOS ¡LLAMADO DE DIOS A CHILE!

He escuchado a muchos predicadores contar cómo huyeron de Dios cuando Él quería que predicaran. Yo estaba listo para empezar a predicar esa misma noche. Nunca escuché una voz audible, pero tenía un deseo ardiente de hablarle a la gente acerca del Señor. Le dije al Señor que si no quería que yo predicara, por favor me lo dijera.

Fui a mi pastor y hablé con él sobre qué hacer. Le dije que tenía una familia y que tenía que trabajar, pero quería saber cómo podía servirle al Señor. Él dijo: “No puedo decirte lo que Dios quiere que hagas, pero hagas lo que hagas, necesitas estudiar y conocer la Biblia”. Le dije que no podía dejar mi trabajo. Tenía que abastecer a mi familia. Él dijo: “Hay un Instituto bíblico cerca que tiene clases nocturnas”. La mayoría de los maestros allí son del Instituto Bíblico de Detroit. Este es ahora el *Detroit Bible College* (Colegio Bíblico de Detroit). Continuó diciendo: “No sé si te gustará o no, ya que eres del sur. La mayoría de los estudiantes allí son de la raza negra”. Le dije que no importaba. Empecé en el instituto bíblico. Él estaba en lo correcto. La mayoría de los estudiantes allí eran de la raza negra. De hecho, yo era el único chico blanco en toda la escuela.

Conocí a algunas de las mejores personas cristianas que haya conocido. Una que recuerdo especialmente fue la Sra. Johnson. Su trabajo era la limpieza del instituto y siempre venía a la capilla. Una noche durante la hora del testimonio ella comenzó a levantarse. Ella estaba teniendo un pequeño problema. El Dr. Brook le dijo que se tomara su tiempo, “sabemos que eres anciana”. Ella le dijo: Cariño, no envejeces demasiado si no te avergüenzas.

Fue mientras estaba en la universidad que conocí a Charles Brooks. Más tarde se convirtió en misionero en Bolivia. Estaba enseñando el Libro de los Hechos. También se desempeñó como superintendente en el *Detroit Rescue Mission* (Misión de Rescate de Detroit). A menudo le decía a Charles que enseñaba demasiado bien el Libro de los Hechos. Hizo que ambos aceptáramos el llamado a la obra misionera en América del Sur. Los meses en el instituto fueron algunos de los momentos más maravillosos de mi vida. Estaba creciendo en el Señor.

Bueno, fui llamado a predicar, así que prediqué donde pude mientras estábamos en el área de Michigan. Un domingo vino un misionero a nuestra iglesia en Riverview. Había sido llamado para ir a Chile. Después de la iglesia una noche, lo invité a cenar a mi hogar. ¡Se quedó por un mes! Tuvimos un gran tiempo de compañerismo. Uno de los lugares en los que prediqué fue en el *Wayne County General Hospital* (hospital general del condado de Wayne), en el pabellón psiquiátrico. Fue allí donde el Señor realmente comenzó a tratar con mi corazón. Después de predicar allí una noche, tuve un sueño. Soñé que estaba predicando en Chile, en Sudamérica. Vi a todos estos lisiados, cojos y ciegos en mi sueño. Sentí que Dios me estaba diciendo que estas personas estaban enfermas, pero que si conocían al Señor, algún día tendrían un cuerpo nuevo. En el sueño, parecía que Dios también me estaba diciendo que la gente en Chile, aunque tenga sus cuerpos sanos, si no conocían al Señor, estarían en el infierno para siempre. Me desperté de mi sueño alrededor de las tres de la mañana. Desperté a Katherine y le dije que nos íbamos a Chile. Ella me dijo: “Está bien. Cuéntamelo en la mañana”. Le dije: “No, lo digo en serio. ¡Nos vamos a Chile!”

El miércoles en la reunión de oración, le dije a los hermanos que Dios nos había llamado al campo misionero de Chile. Recuerdo a uno de los hermanos en la iglesia agitando su Biblia y diciendo: “Si ese chico alguna vez llega a Chile, me comeré esta Biblia.” Bueno, no sé cuántas Biblias se ha comido, pero ya he estado en Chile por más de cuarenta años. Unas semanas después

de esto, el Dr. Mel Rutter vino a nuestra iglesia a predicar. Era, en esa época, Presidente de la Misión Bautista Maranata en Natchez, Mississippi. Lo invitamos a almorzar con nosotros ese día. Después del almuerzo, comencé a derramar mi corazón sobre cómo Dios me estaba llamando al campo misionero. Estaba suspirando y diciéndole lo maravilloso que era. Cuando miré al Hermano Mel, estaba profundamente dormido. Pero, a través de los años, qué bendición fue para mí el Hermano Mel. Me llevó a todas sus reuniones y me ayudó a obtener una gran cantidad de apoyo. En ese momento, yo estaba trabajando como reportero de la corte en Michigan. Renuncié a mi trabajo para ir en delegación y equiparme para el campo misionero.

Al dejar mi trabajo, sólo tenía veinte dólares al mes que me fue prometido por uno de los jóvenes de la iglesia. Tuve que dar un preaviso de treinta días. Durante este tiempo, Katherine y los niños regresaron a Chattanooga. Esperaba que mi tío Ab me ayudara a obtener apoyo, ya que había sido pastor con los Bautistas del Sur por más de cuarenta años. Bueno, eso no resultó muy bien. Los Bautistas del Sur ni siquiera me consideraron. Yo no tenía la suficiente educación y era demasiado viejo – con casi treinta y cinco años. Mientras todavía estaba en Michigan y Katherine estaba en Tennessee, conoció a un pastor con quien había ido a la escuela cuando era adolescente.

Él la invitó a asistir a una reunión de avivamiento donde conoció a varios otros pastores independientes. Más tarde, cuando llegué a Tennessee, nos unimos a la iglesia de este pastor y obtuvimos un poco de apoyo de algunos de los otros pastores que había conocido. Después de eso, nunca me perdí una reunión de compañerismo o una reunión de avivamiento - especialmente cuando el hermano Roy Eldridge estaba predicando. Él siempre les pedía a los otros pastores que me apoyaran. No digo esto jactanciosamente, pero nunca he llamado para preguntarle a un pastor si podía venir a su iglesia. Entre el Hermano Mel Rutter y el Hermano Roy Eldridge, tenía todos los lugares para predicar que podía llenar.

CAPÍTULO TRES

COSAS INTERESANTES SOBRE LA DELEGACIÓN ZAPATOS NUEVOS

Hubo un evento interesante que tuvo lugar en una de las reuniones de confraternidad. Un pastor amigo mío me iba a recoger para ir a la reunión ese día. La noche anterior me dijo que llegaría un poco antes de las diez de la mañana del día siguiente. Me levanté esa mañana, me alisté y leí mi Biblia. Miré el reloj y solo eran las ocho. Pensé, ya que tengo dos horas antes de que él me recoja, saldré y trabajaré en el jardín por un rato. Como no quería ensuciarme la ropa, me quité los zapatos buenos, me puse los overoles (guardapolvos) y un viejo par de zapatos de trabajo y salí al jardín. Estuve ocupado y olvidé mirar la hora. Cuando él llegó allí yo todavía estaba en el jardín. Entré corriendo, me lavé las manos, me quité el overol, me peiné hacia atrás y me subí al auto. Olvidé cambiarme mis viejos zapatos de trabajo, pero ya estábamos a mitad de camino hacia la reunión y no había tiempo para volver a la casa y cambiarme.

En la reunión de confraternidad, era su costumbre que primero todos fueran al altar y oraran. Después de eso, llamarían a uno de los predicadores para que predicara. Mientras estábamos orando en el altar, entró el hermano Ed Ledford. Después de orar, alguien dijo que pensaba que el hermano Ledford debería traer el mensaje. Fue al púlpito y abrió su Biblia. Leyó su texto y se detuvo. Él dijo: “Escuchen muchachos, todavía no puedo predicar este mensaje. Hay algo que necesita ser atendido. Cuando entré a la iglesia y los vi a Uds. arrodillados allí, vi a ese pequeño misionero allí mismo con un gran agujero en uno de sus zapatos. No podemos permitir que un misionero se vaya al campo así. Hermano Earl, elige una himno y alguien pasa el plato de la ofrenda. Tomaron una ofrenda y obtuvieron ocho dólares. El hermano Ed dijo: “Muchachos, no podemos comprar unos zapatos por ocho dólares. Earl, consigue otro himno. Aceptaron tres ofrendas y obtuvieron veintiún dólares para comprarme un par de zapatos. Hasta el día de hoy me daba mucha vergüenza decirles que mis zapatos buenos estaban en casa. Más tarde, Katherine me dijo que no creía que eso fuera honesto. Le dije: “Cariño, ellos gritaron, agitaron pañuelos y corrieron de un lado a otro por los pasillos hasta la hora del almuerzo. Si se los hubiese dicho, los habría eliminado de las bendiciones más grandes que habían recibido en todo el día”.

PRIMER VIAJE EN UN COCHE FÚNEBRE

Bueno, estuve en la delegación durante un año y dos meses. En ese momento había recaudado doscientos cuarenta dólares al mes. Más tarde me invitaron a una conferencia misionera en Petersburg, en la iglesia Grace Baptist Church. Abe Simon era el pastor. Había estado en esta iglesia varias veces antes. Esta fue una de las mejores iglesias en las que he estado. La gente era muy espiritual y con los pies en la tierra. En esta reunión, una de las funerarias le había cedido al hermano Mel un coche fúnebre para la misión. Como el hermano Mel tenía programadas otras reuniones, me preguntó si podía conducir el coche fúnebre de regreso a Chattanooga, Tennessee. Estaba programado para hablar allí más tarde y luego ir a Mississippi. Le dije que me encantaría llevárselo. También me ahorraría dinero ya que él iba a pagar la gasolina. En toda mi vida nunca había tenido un coche nuevo o algo parecido. La mayoría de los autos que llegué a tener estaban

ya en su última vuelta antes de que yo los obtuviera. (Recuerdo que un año, mientras estaba en casa, me robaron tres autos. ¡Ninguno de ellos se alejó más de dos millas antes de averiarse con la persona que los robó!) Bueno, este coche fúnebre conducía tan suavemente que estaba conduciendo a setenta millas por hora (112 km.) antes de darme cuenta. Llegué con un autostopista pidiendo un aventón en la carretera. Me detuve para recogerlo, pero cuando vio el coche fúnebre, salió corriendo. Siendo que yo no conocía muy bien las carreteras, conduje por una carretera rural en el área llamada las *Smokies*, era una ruta más familiar para mí. Llegué y tomé todas esas curvas sin ningún problema en lo absoluto.

Un predicador amigo mío vivía en Newport, Tennessee. Así que decidí pasar por su casa de camino a casa. Conduciendo calle arriba hacia su casa, todos en la cuadra corrieron a ver qué estaba pasando. Les dije que había oído que aquí había un viejo predicador muerto y que había venido a llevármelo. El hermano Roy Goodson nunca me permitió olvidar eso. Cuando regresé a Chattanooga, estacioné el coche fúnebre en la entrada de la casa donde se hospedaría el hermano Mel. La gente que vivía allí me dijo que él estaría allí esa noche.

A la mañana siguiente sonó mi teléfono y era el hermano Mel. Llamó para decirme que había retrocedido en el camino de entrada con el coche fúnebre y los frenos se fueron al piso. Se estrelló contra la valla de la señora al otro lado de la calle. Cuando recordé cómo había conducido por esas curvas en las *Smokies*, mi corazón dio un vuelco. Como solía decir Sam Jones... Creo que el Señor tiene misericordia de los niños y los idiotas.

MIS PEQUEÑAS CHARLAS

Otra experiencia divertida sucedió en una de las reuniones de la feligresía, llamada *Old Fashion Fellowship* {"Servicios a la antigua"}. Había muchos predicadores anticuados que si te sentabas en el primer banco, podías mojarte... si sabes a lo que me refiero. Me pidieron que predicara en esta reunión en particular. En mi opinión, creo que lo hice bastante bien. Había una señora sentada en la primera fila que durmió durante todo el servicio de predicación de esa mañana. Después de que terminé de predicar, otro predicador se levantó y predicó. Habló de un indio que había perdido sus mocasines y de cómo trataba de encontrar a su perro de caza. Bueno, la dama realmente se emocionó con su mensaje. Cuando terminó la reunión, le dijo al predicador que ese era el mejor mensaje que jamás había escuchado. Ella le dijo: "Nunca había escuchado algo así". Cuando salía por la puerta, ella me dio una palmadita en el brazo y me dijo... "También me gustó tu pequeña charla". Desde entonces, he estado haciendo mis pequeñas charlas.

CAPÍTULO CUATRO

DIOS ESTABA EN CHILE ANTES DE QUE YO SALIERA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Finalmente tuvimos un apoyo total de doscientos cuarenta dólares al mes. Esta fue la cantidad que pensé que se necesitaría para vivir. Era hora de partir para Chile. Vendimos la mayoría de nuestras cosas y conseguimos pasaje en un carguero chileno. El pasaje costaba poco más de quinientos dólares. Esta cantidad incluía cuarenta pies de espacio para el equipaje. Eso fue lo que nos costó a mi esposa, a mis tres hijos y a mí. Este precio también incluía cuatro comidas al día para cada uno de nosotros. Hoy costaría mucho más viajar en barco que en avión. Llevamos nuestra estufa, refrigerador y lavadora. Era todo lo que poseíamos. Colocamos la mayoría de nuestras cosas en barriles de metal para el envío. Estábamos a punto de zarpar cuando el sobrecargo me dijo que no podía recibir uno de los barriles porque no tenía un candado. Necesitábamos ese barril porque tenía nuestras pertenencias personales. Sólo tenía veinticinco centavos a mi nombre en el bolsillo. Había gastado todo lo que teníamos preparándonos para el viaje a Chile. Esperaba que mi apoyo mensual estuviera en Chile para cuando llegáramos allí. Tardaríamos veintiún días en llegar allí en barco. El sobrecargo me dijo que había una ferretería cerca. Me bajé del barco y corrí lo más rápido que pude a la ferretería, con la esperanza de comprar un candado por veinticinco centavos. El único candado que tenían costaba veintinueve centavos. Le conté al empleado mi historia, y cuáles eran mis circunstancias y que sólo tenía veinticinco centavos. Me miró como si estuviera loco y dijo: “Toma el candado y quédate con la moneda”. Era el 1 de abril de 1964 cuando zarpamos rumbo a Chile. Además de la tripulación, los únicos otros pasajeros en el barco eran misioneros.

Estábamos en un carguero y los oficiales y el capitán se acostaron con la tripulación y a nosotros nos alquilaron sus camarotes. El hermano Frank y Shirley Gillespie y sus dos hijos también estaban en el barco. Eventualmente vinieron a Chile y trabajaron con nosotros por varios años. En el barco también viajaba un hermano, Bill Strong, quien había vivido en Chile desde los catorce años y hablaba el idioma con fluidez. Bill nos enseñó a decir algunas palabras en español y nos enseñó una pequeña canción.

Habíamos estado en el mar por alrededor de dos semanas cuando Bettie Ann, nuestra hija menor, se enfermó y tenía fiebre alta. No había un médico en el barco, sólo un practicante. Lo único que sabía hacer era darle té de eucalipto. La fiebre le duró varios días. Justo un día antes de llegar a Lima, Perú, el capitán me llamó a su aposento. Me dijo que estaríamos en Lima al día siguiente y que tendría que sacar a Bettie Ann del barco. Traté de explicarle que estaba camino a Chile, que no podía hablar una palabra de español y el único dinero que tenía hasta que llegáramos a Chile eran veinticinco centavos. Él dijo: “Lo siento, pero soy el capitán del barco y no puedo ser responsable por ella. Si volvemos al mar y empeora, no hay nada que podamos hacer para ayudarla. Tienes que abandonar el barco”. Bueno, parecía que el diablo se subió a mis hombros y me dijo: “Realmente has hecho un lío de las cosas ahora”. Empiezo a pensar que había hecho una mala decisión y que nunca debí haber ido a Chile. Me acordé del chico de la iglesia cuando dijo: “Si ese chico alguna vez llega a Chile, me comeré esta Biblia”. Pensé: “Bueno, yo supongo que ese tipo no tendrá que comerse esa Biblia después de todo”. No tenía idea de qué hacer a continuación. Volví a la habitación donde estaba Katherine, preguntándome cómo tomaría ella esta noticia. Esperaba verla comenzar a llorar cuando le dijera que teníamos que abandonar el barco. Para mi sorpresa, no lo hizo. Dijo: “¿Dónde está tu Biblia?” Le dije: “Está aquí mismo, pero no tenemos tiempo para estudiar la Biblia en este momento”. “Tenemos un problema”. Ella me dijo: “Mira a

ver si Mateo todavía está allí”. Sabía hacia dónde se dirigía, pero realmente no quería escucharlo en ese momento, ahí dice: “hasta el fin del mundo y todavía no hemos llegado al fin del mundo”. Nos arrodillamos y comenzamos a orar. Mientras orábamos, Dios nos dio el mismo pensamiento al mismo tiempo. Katherine dijo, “Lima, Perú es de donde eran Juan y Gloria”. (Esta es la familia con la que “accidentalmente” nos hicimos amigos en Detroit, Michigan, y mantuvimos a su hijo de dos años mientras ella daba a luz otro hijo). Me pregunto si estaban de vuelta en Lima”. Le dije que no sabía, y que no sabía cómo los encontraríamos, incluso aun si estuviesen allí.

Fuimos a hablar con Bill Strong y le contamos nuestra situación. Él se bajó del barco con nosotros y encontró una guía telefónica. No lo podíamos creer, pero en Lima, una ciudad de seis millones de habitantes, sólo había dos Chappi en toda la guía telefónica. Uno era nuestro amigo Juan y el otro era su padre. Bill los llamó por nosotros y les preguntó si conocían a una familia llamada Browning Juan dijo que habían conocido a una familia llamada Browning en los EE. UU., pero que hacía mucho tiempo que no tenían contacto con nosotros. Bill procedió a decirle que estábamos en Lima y que nos habían desembarcado del barco debido a que nuestra hija, Bettie Ann, estaba enferma y no sabíamos qué hacer. Juan le dijo que nos dijera que no nos moviéramos, que en unos minutos estaría en el muelle. Unos minutos después, llegó Juan en un Mercedes Benz. Estaba mirando mientras subía por la pasarela. Puede que no lo sepan, pero los peruanos y los chilenos no se llevan demasiado bien. El oficial a cargo lo detuvo. Le dijo que no podía abordar el barco sin un permiso. Juan comenzó a hablar en español, que era una lengua desconocida para mí en ese momento. Después de un minuto, el oficial lo saludó e invitó a Juan a subir a bordo. Después de saludarnos y mirar rápidamente a Bettie Ann, le dijo a Katherine que preparara a Bettie Ann y que él los llevaría al hospital. Me dijo que volvería más tarde para buscarnos a los niños ya mí. Katherine comenzó a salir con la maleta en la mano. El oficial dijo: “No puedes sacar nada de este barco”. Juan volvió a hablar con el oficial en español. Luego él, Katherine, Bettie Ann y la maleta se marcharon. Más tarde volvió al barco y me dijo que había puesto a Bettie Ann en hielo y que esperaba que se pusiera bien pronto. Me dijo que ella lo que tenía era sarampión y que el té caliente estaba haciendo que el sarampión se adentrara en lugar de salir. Me dijo que buscara a David y Richard y que nos fuéramos con él.

Cuando llegamos a la casa, parecía una mansión. Por dentro, todo era hermoso. Tenía sirvientas, tres o cuatro. Una de ellas me puso en un sillón. Otra consiguió un ventilador y empezó a abanicarme. Otra me quitó los zapatos y me levantó los pies. En toda mi vida nunca me habían tratado tan bien ni me habían prestado tanta atención. Nos dieron una buena comida y más tarde esa noche nos llevaron a David, a Richard ya mí de vuelta al barco. Él me dijo: “tú y los niños se van a Chile. Me aseguraré de que Bettie Ann y Katherine estén bien cuidadas. Se reunirán contigo más tarde”.

Bueno, los chicos y yo llegamos a Chile el 21 de abril de 1964. Katherine y Bettie Ann ya estaban allí. Llegaron el día diecinueve en avión. El Dr. Juan Chappi había pagado el pasaje para que ambas volaran de Lima, Perú a Santiago, Chile. La cuenta del hospital había sido pagada en su totalidad y le había dado a Katherine un billete de cien dólares para que ella lo guardara en su bolsillo. Además de eso, Juan le había dado dos cartas, una en inglés y otra en español por si tenía algún problema. Algunas personas pueden pensar que todo esto fue una coincidencia, pero creo que fue Dios. Dios sabía que estaríamos en Lima, Perú con una niña enferma, y nos preparó un médico, años antes, para que nos encontrara en el muelle. Dios estaba allí antes de que yo saliera de los Estados Unidos. Nadie podrá jamás hacerme dudar de mi llamado a Chile.

CAPÍTULO CINCO NUESTRO PRIMER TÉRMINO EN CHILE SANTIAGO

Cuando llegamos a Chile, trabajamos con el misionero Charles Coleman a quien habíamos conocido en Michigan mientras vivíamos en Detroit. Yo era joven e ingenuo y no podía imaginarme que los misioneros tuvieran diferentes creencias. Pensé, todos creemos en la Biblia. Sin embargo, pasó poco tiempo hasta que descubrí que nuestros puntos de vista eran diferentes con respecto a las Escrituras. Él les estaba enseñando a todos atravesando los primeros tres años de la tribulación. Mientras yo les enseñaba a todos a prepararse para el rapto. Nos separamos como amigos, pero nunca volvimos a trabajar juntos.

Más tarde conocimos a otro misionero llamado, Carey Clark, quien sólo llevaba cuatro meses en Chile. Empezamos a trabajar con el hermano Clark y lo ayudamos a iniciar una obra en un suburbio de Santiago, llamado ‘Juan Antonio Ríos’. Posteriormente, iniciamos otra obra en Maipú, un pueblo cercano a Santiago. Esto fue durante nuestro primer año y medio en Chile.

Una vez, el hermano Carey y yo estábamos viajando y predicando en diferentes pueblos. Viajamos en barco a la parte sur de Chile. Se suponía que el viaje se tomaría tres días, pero nos tropezamos con un mal tiempo que duró cinco días. Nuestra tarifa por persona fue de nueve dólares y teníamos cuatro comidas al día. Un día estábamos sentados a la mesa con los demás pasajeros, todos eran hombres. Uno de ellos contó un chiste turbio; ante lo cual todos se rieron excepto Carey y yo. Como no sabía muy bien el español, ni siquiera entendí lo que dijo. Uno de los hombres carcajeó mientras nos miraba. En español dijo, “los gringos no entienden”. Carey lo miró directamente a los ojos y le dijo: “Lo entiendo perfectamente. Simplemente no creo que fuese gracioso. Hablas así porque tu corazón no está bien”. Creo que algunos de los hombres se avergonzaron. Se rieron un poco pero en unos minutos todos se habían ido de la mesa. Carey y yo subimos a la cubierta superior. Mientras estábamos allí, casi todos los hombres se nos acercaron y nos dijeron: “A nosotros tampoco nos gustó la broma”. Carey pudo testificarles y llevó a dos de ellos al Señor. Más tarde esa noche, el hombre que había contado el chiste estaba sólo en su camarote. Carey y yo entramos para hablar con él. Como yo no sabía muy bien español, escuchaba mientras Carey hablaba con él. Carey le explicó el plan de salvación a él. El hombre sudaba y jadeaba como si fuera a desmayarse. Creo que estaba listo para entregar su corazón a Cristo, pero de pronto, uno de sus amigos entró y le dijo: “Oye, ¿ese misionero está tratando de convertirme? Ante eso, el hombre se echó a reír y dijo: “no, yo no”. Esa fue la última oportunidad que tuvimos de testificarle. No obstante, como viajamos en barco, tuvimos muchas oportunidades de testificar. Siempre depende del Espíritu de Dios. No podemos usar la psicología.

Recuerdo otra noche en Santiago. Hacía frío y llovía afuera. Una querida señora de la iglesia, Carmen Inzunza, cuyo padre era taxista, los llevó a ella y a su esposo a la iglesia, se sentó en el auto y los esperó. Le pregunté: “¿Por qué tu padre no entra?”. Ella me dijo: “Oh, no quiere entrar. Es comunista. A él no le importa la iglesia”. Decidí de todos modos salir al auto y encontrarme con él e invitarlo a entrar. Como hacía frío le pedí que entrara donde hacía calor. Le dije no tienes que escuchar; solo sal del frío y que los esperara adentro. Como mi invitación no lo presionaba, decidió entrar y sentarse. Noté que mientras yo predicaba, él estaba leyendo una especie de periódico. Prediqué sobre el diezmo esa noche. No dije nada acerca de la salvación. Cuando terminó el servicio y la gente se iba, me llamó a donde estaba. Él me dijo: “¿Qué tengo que hacer para ser salvo?” Pensé en el carcelero de Filipos. Pude llevarlo al Señor en unos cinco minutos. Nunca faltó más a los servicios mientras vivió.

Ganar almas depende del Espíritu Santo. Mientras estaba con Carey en el suburbio de Santiago, llamado ‘Juan Antonio Ríos’, yo todavía estaba estudiando español. Todavía no podía predicar en español. Esa noche tuvimos una buena multitud y varios pasaron al frente para ser salvados. Cerca de la mitad del servicio, entró un borracho. Causó disturbios por un tiempo, pero finalmente todo se calmó y escuchó el mensaje. Al final del servicio, Carey dio la invitación y varios pasaron al frente, el borracho entre ellos. Carey me preguntó si yo podía hablar con él. Pensé, que él no me entendería, pero al menos podía practicar mi español. Mientras hablaba con él, todo lo que quería hacer era discutir. Finalmente se levantó y se fue. Todavía estaba tambaleándose por la calle. Carey me preguntó: “¿Qué pasó?” Le dije que no creía que el hombre había entendido. Aproximadamente un mes después, el hombre regresó a la iglesia. Apenas lo reconocí. Estaba bien vestido y afeitado. Cuando se sentó, tomó una Biblia del estante y comenzó a seguir el mensaje. Después del servicio, nos dio su testimonio. Me contó cómo se salvó cuando yo traté con él. Justo después de eso, debido a su trabajo, se había ido al norte. Mientras estuvo allí, repartió folletos y les contó a sus amigos cómo se había salvado. Luis Gómez se convirtió en uno de los mejores cristianos que he conocido. Tendemos a mirar lo de afuera pero Dios ve el interior.

Esto me recuerda a la primera persona que tuve el privilegio de llevar al Señor. Fue mientras estaba en Riverview, Michigan. Fue en una noche de visita. El hermano Bob Adair y yo salimos juntos. El pastor nos dio tres tarjetas con tres lugares que quería que visitáramos. En la primera dirección no había nadie en casa. De hecho, nadie estaba en casa en ninguna de las tres. El hermano Adair dijo: “Conozco a una señora que está enferma. Vamos a visitarla”.

Cuando llegamos a la casa había varias personas en la habitación con la señora. La mayoría de ellos eran parientes de la señora enferma; y estaban riendo y hablando cuando entramos. Cuando se enteraron que los que estábamos de visita éramos de la iglesia, todos se fueron excepto una señora y su esposo. Hablamos con ella y oramos con ella. Casualmente le pregunté a su esposo si había sido salvo; no recordaba haberlo visto en la iglesia. Él dijo: “No, no lo soy”. Le pregunté: “¿No te gustaría ser salvo?” Para mi sorpresa, dijo: “Sí, creo que lo haría”. Pude llevarlo al Señor. Pensé, si esto es tan fácil, será mejor que empiece a preguntarles a todos. Fue durante el tiempo que trabajé como taquígrafo judicial. Mi oficina estaba en el piso cuarenta del edificio Guardian. Asistía a la escuela bíblica por las noches. Tuvimos un pastor visitante que vino a hablarnos durante el período cuando íbamos a la capilla. Nos contó cómo se aprovechaba de todas las oportunidades para testificar. Dijo que un día estaba en un ascensor, y mientras subía le dijo a una señora: “Espero que mi último viaje sea hacia arriba”. Al hacer esto, pudo llevarla al Señor. Pensé, es una buena idea. Creo que lo intentaré. Al día siguiente, cuando entré en el ascensor y me dirigí a mi oficina, hablé con la señora del ascensor. “Espero que el último viaje que haga sea hasta arriba. ¿No te gustaría ir al cielo?” Bueno, no puedo recordar todo lo que me dijo. Me siguió hasta el piso treinta y nueve. Ahí es donde se detuvo el ascensor. Luego me siguió por las escaleras hasta el piso cuarenta. Todo el camino me estuvo diciendo que ella no estaba entre los ciento cuarenta y cuatro mil. Que iba a quedarse aquí según el Salón del Reino. Me dije: “Después de esto, simplemente esperaré que el Espíritu Santo me guíe”. Como esta señora trabajaba en el mismo edificio que yo, la vi varias veces pero traté de evitar que me viera. No quería que intentara tratar de convertirme en testigo de Jehová.

Me pasó otra cosa interesante mientras estaba en Santiago. Antes de contarles ese evento, déjenme contarles un poco de la historia política de Chile.

Permítanme comenzar contándoles un poco sobre la situación política en Chile. Al llegar a Chile, el Partido Nacional estaba en el poder. Alejandro era el presidente. Después de él fue

elegido Arturo Frei. Los candidatos eran elegidos por seis años y no podían ser reelegidos (*según la constitución de 1925*). Salvador Allende había corrido contra Frei y perdió. Corrió de nuevo la próxima vez con unos de varios partidos disidentes y ganó. ¡Salvador Allende era comunista! Eso fue en 1970. Muchas personas de las clases bajas estaban entusiasmadas. Esperaban tener lo que tenían los ricos. Había una pareja joven de nuestra iglesia. Ella era sirvienta y él carpintero. Habían construido una casa nueva y querían mostrárnosla. Nos invitaron temprano un sábado por la mañana, y Katherine y yo fuimos a ver su casa. Eran muy modestos pero agradables. Justo al lado de ellos había una choza de una sola habitación. Mientras Katherine todavía estaba hablando con José y Graciela, salí. Había un hombre parado en la puerta de al lado. Él estaba sosteniendo un pequeño perro. El perro llevaba un suéter. Me saludó y me pidió que fuera a ver su rancho.

Cuando entré, noté que había varios animales en el patio delantero. Su rancho resultó ser solo una choza de una habitación. Había una cortina en el centro de la casa para separar el dormitorio de la cocina. A través de la cortina vi a su esposa cosiendo en una máquina de coser antigua. Cuando entramos, dejó de hacer lo que estaba haciendo. Además de los animales fuera de la casa, había un cerdo, varios gatos, perros y gallinas en la casa. Comenzó a decirme: “No pasará mucho tiempo antes de que nuestro hombre asuma el cargo y yo conduzca una camioneta como la suya”. Estaba tratando de hablarme de política. Pude ver que había estado bebiendo, así que no quería discutir con él. Cuando comencé a irme, alcanzó un estante y bajó una jarra y dos vasos. Con un trapo viejo y sucio limpió dos vasos. Luego dijo: “Vamos a tomar una copa”. Empezó a verter de la jarra. Le dije: “No, señor, yo no bebo”. Estaba claramente ofendido y me dijo: “Oh, pero tú eres mi invitado. Estamos en mi casa y te digo que nos vamos a tomar una copa”. Nuevamente le dije: “Lo siento, pero no bebo”. Dicho esto, alcanzó el estante y sacó un cuchillo largo. ¡Todavía puedo recordarlo hoy como si fuera ese día otra vez! Yo llevaba un traje y corbata. Me agarró de la corbata, y me acercó y me puso la punta del cuchillo a un lado de mi garganta. Él me dijo: “Dije, vamos a tomar una copa. ¿Lo entiendes?” Oh, los pensamientos que pasaron por mi mente. Pensé, un trago no le hará daño a nadie. Nadie me verá y nadie lo sabrá nunca. Pensé: “¿Por qué no sigo adelante y tomo un trago? Es mejor que morir”. Solo me podía imaginar cómo sería para él cortarme la garganta mientras Katherine estaba justo al otro lado.

Además de eso, ahora el cuchillo parecía tener alrededor de un pie de largo. Tragué saliva y le pedí al Señor que me ayudara. Después de unos largos segundos, lo miré directamente a los ojos y le dije: “Solía beber; de hecho, bebía mucho y me emborrachaba a menudo. Pero desde que Jesucristo vino a mi corazón, me perdonó mis pecados y me salvó, ya no bebo”. Le conté cómo Jesús me había quitado ese deseo de beber. Volvió a dejar el cuchillo en el estante, me arregló la corbata y me dijo: “Señor, lo entiendo perfectamente”.

Cuando salí de la casa, agradecido de seguir con vida, Katherine, José y su esposa salían de la casa de al lado. José me preguntó: “¿Por qué estabas allí?” Le dije: “Me invitó a ver su rancho”. Fue entonces cuando José me dijo que el hombre había estado en la penitenciaría por matar a cuatro hombres. Si crees que estaba asustado antes, realmente ahora es que estaba asustado. Cuando volvimos a casa, apenas podía evitar que me temblaran las piernas. Temblaban tanto que apenas podía mantener el pie en el acelerador.

A la mañana siguiente, que era domingo, fuimos a la iglesia. Notamos que José y Graciela no estaban. No pasó mucho tiempo antes de que entraran, y ambos tenían una gran sonrisa en sus rostros. Acabábamos de comenzar el servicio de cantos, así que les dije que tomaran un himnario y nos ayudaran. Mientras miraba, la puerta se abrió de par en par y Silvio venía caminando por el pasillo. Estaba sobrio y bien vestido. Vino por el pasillo hasta donde yo estaba parado. Se puso de rodillas, tomó mi mano y la besó. Él me dijo: “Buenos días, Padre”. Como esto era algo que nunca

me había pasado antes, olvidé todo lo que había planeado para ese día. Le dije cómo Jesús había salvado y cambiado mi vida y que Él quería hacer lo mismo con cualquiera que lo aceptara. Silvio comenzó a llorar, se tiró en el altar y le pidió a Jesús que entrara en su corazón.

Luego Silvio me contó muchas cosas de su vida. Me dijo que la mujer que vi ese día no era su esposa. Su esposa lo había dejado. Tenía un hijo en la universidad en Punta Arenas. Anteriormente había sido empleado del gobierno en el departamento de aduanas. Tenía un buen trabajo y era un buen ciudadano hasta que el alcohol arruinó su vida. Esto le sucedió hace unos treinta años, pero hasta donde yo sé, Silvio todavía está sirviéndole al Señor. Dios puede quitar los deseos pecaminosos y cambiar los corazones si se lo permitimos.

Bueno, me he escapado de hablarles del gobierno comunista. Al principio, todo parecía color de rosa. El Presidente duplicó todos los salarios y le puso un precio tope a todo. Ahora la gente tenía más dinero para gastar que nunca. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que todo se vendiera y nadie le diera crédito a Chile. La gente tenía dinero pero nada había para comprar. Realmente, para mí fue el mejor momento económico que había visto. Un día compré un par de zapatos y Katherine me preguntó cuánto costaban los zapatos. Coticé el precio en ‘escudos’. Eso es lo que estaban usando en lugar de pesos. Un escudo valía mil pesos. Ella dijo: “No me digas en escudos. Dímelo en dólares. Cuando lo descubrí, los zapatos solo costaban veintinueve centavos.

También pude comprar un terreno y construir un edificio de quince por sesenta metros por sólo setecientos dólares. Esta fue la iglesia que construimos en Peñaflo. La desventaja de nuestra buena situación económica fue que, después de unos meses, no había nada que comprar. Teníamos que hacer cola o fila para todo. Para obtener los artículos que uno necesitaba, uno tenía que ir de una tienda a otra. Como yo tenía dos hijos, esto nos ayudó considerablemente. Incluso algunos de sus amigos harían cola para nosotros también. Yo me paraba en una fila, Katherine en otra y los niños en otras dos filas. Nunca sabíamos lo que la tienda tenía para vender, pero no teníamos otra opción. Durante este tiempo, nuestro hijo David, tuvo que ir a Bolivia a una escuela misionera para estudiar. Sus amigos le dijeron: “No te preocupes por tu papá y tu mamá. Cuidaremos de ellos mientras estés fuera.

El país estaba ahora en crisis. Duró mil días. Una mañana, mientras escuchábamos la radio, se escuchó una voz que decía que, los militares habían tomado el control. A nadie se le permitiría salir de sus casas. Cualquiera atrapado afuera sería fusilado. Se les dijo a las estaciones de radio que dejaran de transmitir o serían atacadas desde tierra, mar y aire. No pasaron sino unos minutos hasta que escuchamos el bombardeo. Los cubanos que trabajaban en la embajada fueron obligados a irse. En ese momento había miles de cubanos trabajando en la embajada de Cuba. No puedo tomarme el tiempo para dar todos los detalles, pero realmente creo que si Augusto Pinochet no hubiese tomado el poder esa mañana, la mayor parte de América del Sur estaría hoy bajo el régimen comunista. Ha sido muy criticado, pero en mi opinión, fue el mejor presidente que ha tenido Chile. He conocido a siete presidentes durante mis años en Chile. Pero durante su mandato, el único derecho que no tenía el pueblo de Chile era el de hacer el mal.

Se había proclamado un toque de queda. No podíamos salir de nuestras casas. La toma de posesión comenzó el martes. El viernes nos dijeron que podíamos ir en busca de provisiones desde las dos hasta las cinco de la tarde. Fue durante este tiempo que estábamos en el proceso de construcción de la iglesia en Peñaflo. Uno de los trabajadores había sido encerrado en la iglesia sin comida ni agua. Vivía bastante lejos en Santiago. Siendo que se detuvieron los autobuses, no había podido regresar a su casa.

Cuatro de nosotros nos subimos a un auto y fuimos a buscarlo. En nuestro camino escuchamos un estruendo. Sonó como un disparo. Cuando volvimos a casa nos encontramos con que teníamos un agujero de bala en la parte trasera de nuestro coche. Nunca supimos de dónde vino. Algunos de los miembros que se unieron a la iglesia habían sido miembros del partido comunista. En ese momento nos reuníamos en una casa mientras se terminaba el edificio. Teníamos que conducir ida y vuelta desde Santiago que quedaba a unas veinte millas para las reuniones. Un día, el sargento de la policía me llamó y me preguntó cuántas personas tenían las llaves del edificio de la iglesia. Le dije que dos de nosotros teníamos una llave, una señora que vivía al lado de la iglesia, y que yo tenía la otra. Le dije que ella no era miembro pero que nos ayudaba a vigilar el edificio. Me preguntó si era posible que alguien se quedara en el edificio sin que yo lo supiera. Le dije, “sí, pero no lo creo”. Le dije: “Sé lo que está pensando. No sé si se están llevando a cabo reuniones secretas, pero si descubro que existen tales reuniones, usted será el primero en enterarse”. Pareció satisfecho con esa respuesta. Quería saber los horarios de nuestras reuniones. Le dije que de seis a nueve cada noche. Preguntó cuántos asistían y le respondí de treinta cinco a cuarenta. Después de esto nunca más hubo problemas acerca de tener reuniones para los servicios.

Una noche, el director de jóvenes caminó a casa con algunos de los jóvenes para que no tuvieran que caminar solos. Esto le hizo llegar tarde, y era después del toque de queda. La policía lo detuvo y lo llevó a la comisaría. Después de interrogarlo, descubrieron que era de nuestra iglesia. Le dijeron que todo estaba bien y lo felicitaron por el buen trabajo que estaba haciendo con los jóvenes. Le testifiqué al sargento muchas veces, pero él siempre me dijo que era católico y que estaba satisfecho donde estaba.

BALMACEDA

Después de esto, nos mudamos al sur a una ciudad llamada Balmaceda. Había un cristiano allí, un sargento de la Fuerza Aérea, quien estaba trabajando, pero debido a su trabajo en la Fuerza Aérea, no podía estar allí todo el tiempo. Katherine y yo nos mudamos a Balmaceda en medio de la noche. La casa estaba hecha de ladrillos de adobe y tenía pasto creciendo entre las tablas del piso. Al estar en el extremo sur de Chile, algunas noches hacía tanto frío que las paredes sudaban y luego se congelaban después de que se apagaba la estufa. Era un estilo de vida muy primitivo, pero todos en mi familia todavía dicen que les gustaba más Balmaceda que cualquier lugar en el que hayamos vivido.

Recuerdo la primera vez que hicimos una salida de confraternidad con la iglesia en Balmaceda. Por lo general, matan un cordero y lo asan a fuego abierto. Una vez hecho, lo colocan sobre una especie de mesa y colocan allí dos o tres cuchillos afilados. Tienen una olla grande de papas hervidas y un tazón enorme para su ensalada. Cada uno pasa y se corta un trozo de carne. Todos tienen un trozo de carne en una mano y una patata en la otra. Sólo tienen una cuchara en la ensalada. Entonces todos comen de esa misma cuchara. La primera vez que fuimos, Katherine dijo: “Alguien podría contraer una enfermedad así”. Recuerdo que el hermano Sergio le dijo: “Hermana Katherine, todos vamos a morir en algún momento. Mientras tanto, diviértete. También tienen una bebida llamada “mate”. Beben del mismo jarro y la misma ‘pajita’ (*sorbeto, sorbete, popote, pitillo, bombilla o cañita*). Esa es una costumbre a la que nunca pude acostumbrarme. Todavía se toma mucho *mate* en otras partes de Chile, pero no le pegan ya todos la boca. Otra costumbre que detesto es que beben sangre. Prediqué en contra de esto una y otra vez, pero tan pronto como matan a un animal, la depositan en un recipiente, cortan cebollas, llenan el recipiente

y se la beben. También hacen embutido con sangre (morcillas). A veces te traen esto a tu casa como regalo. Cada vez que esto sucedía con nosotros, Katherine lo llevaba directamente a la letrina y lo vertía.

Eso me lleva a otra cosa a la que tuvimos que acostumbrarnos. Si nunca has estado en una letrina con temperaturas bajo cero, nunca has vivido. Debes tener un corazón fuerte. A veces la temperatura bajaba a treinta bajo cero, *Celsius*. El agua en el pozo estaba a quince pies de profundidad y se congelaba. Teníamos que poner una piedra pesada en el cubo, bajarla y subirla varias veces para romper el hielo, luego quitar la piedra y bajar el cubo para sacar el agua. Además, en la época estival, el viento soplaba continuamente en Balmaceda. Un día David y yo fuimos a la ferretería y compramos una lámina de madera prensada de 4 X 8. Yo sostenía un extremo de la tabla y David el otro extremo. Cuando salimos de la tienda, no podíamos sentir el viento. Pero al doblar la esquina, el viento golpeó el tablero. Miré hacia atrás y los pies de David estaban fuera del suelo. El viento era tan fuerte que no podía agarrarme para sostener la lámina de madera. Voló de mis manos y atravesó un campo. Hasta el día de hoy nunca he visto esa hoja de madera. Podría haber volado hasta Argentina que estaba a cuatro millas de distancia. Balmaceda era un lugar hermoso y maravilloso. Espero llevar a Bonnie allí en nuestro próximo viaje a Chile. Vivimos allí desde 1965 al 1967.

PUNTA ARENAS

Luego nos mudamos a Punta Arenas para trabajar con Carey y Jenny Clark, una familia con la que habíamos trabajado en Santiago. Punta Arenas es el último punto habitable al sur del hemisferio occidental, en la punta misma de América del Sur. Es como el fin del mundo. ¡Hacía tanto frío! Dios nos bendijo de una manera maravillosa y se estableció una iglesia allí. En verano el sol permanece hasta las diez y media de la noche. El sol sale a las tres y media de la mañana. Trabajamos con la familia Clark y luego nos quedamos allí durante un año mientras regresaban a los Estados Unidos para tomar una licencia de descanso.

Mientras estuvimos allí, conocimos a muchas personas interesantes. Una persona que recuerdo especialmente fue a Pedro Ovando. Pedro era un anciano que vivía al otro lado de la calle de los Clark. Él siempre sería el primero en llegar a la iglesia. En invierno, Pedro siempre encendía el fuego. Cada vez que se pide una “solicitud de un himno”, él siempre quiere cantar “Noche de paz”, incluso en julio. Después de que los Clark regresaron a Punta Arenas, se quedaron solo unos meses y luego se fueron a España. Los Clark están en Alemania en este momento que escribo. Dios usó a Carey y Jenny para ganar muchas personas para el Señor.

Tuvimos varias “experiencias” mientras vivíamos en Puntas Arenas. Ya les he hablado de mis atajos. Había estado nevando todo el día. Después de finalizar el servicio en la iglesia una noche, alrededor de las nueve, nos dirigíamos a casa y yo conducía. Los caminos estaban cubiertos de nieve y era difícil determinar el camino desde cualquier otra parte, incluyendo un canal que había. Mi esposa me dijo: “Cariño, te estás acercando demasiado al canal”. Le dije: “Katherine, ¿podrías por favor...”. Estuve a punto de decir: “Por favor, cállate y déjame conducir”, pero en ese mismo momento caí en el canal y ¡el agua comenzó a llenar el piso! En Punta Arenas no hay nadie en la calle pasadas las nueve de la noche. Es como a la medianoche. Tuvimos que salir del auto y caminé unas diez cuadras, chorreando, con la ropa helada, antes de que pudiese encontrar a alguien que viniera al canal a sacarnos. Pensarías que aprendería mi lección, pero no lo hice.

Un día íbamos a las Cataratas de Itata, que está cerca de un pequeño pueblo llamado Concepción. Todos los caminos eran de arena, pero hice un giro equivocado en un camino que era muy suave. Katherine no dejaba de decirme que sería mejor que diéramos la vuelta para regresarnos. Le dije que se callara y me dejara conducir. Apenas había dicho esto cuando quedamos enterrados hasta el eje en la arena. Cuando traté de retroceder, el auto se hundió más y más. Estábamos a unas noventa millas de la nada. Apenas estaba sintiendo lástima por mí mismo cuando Katherine me dijo: “Te lo dije”. ¡Ay de mí! Esto nos sucedió como a las once de la mañana, y nos sentamos allí hasta las cuatro de la tarde. Cuando escuchamos algunos perros ladrando y luego escuchamos el sonido de unos caballos. Un grupo de hombres de la patrulla de bomberos llegó a caballo. Tomaron una cuerda, la ataron a los caballos y sacaron la camioneta de la arena. Nos dijeron que éramos muy afortunados, porque sólo venían por ahí una vez al mes.

Era ahora el año 1969 y llevábamos cinco años en Chile. La obra en Punta Arenas iba bien y los trabajadores nacionales o obreros locales estaban involucrados en casi todas las funciones del ministerio. Era hora de regresar a los Estados Unidos para tener una licencia. Empecé a buscar pasajes o boletos de avión baratos. Mi amigo, que estaba en la Fuerza Aérea Americana, estaba estacionado en Chile. Podía conseguir pasajes en un avión chileno que salía de Chile todos los días. Le pregunté si podía conseguirnos boletos, pero ya no pudo hacerlo. Entonces fui a la boletería y pregunté si podía conseguir los boletos más baratos en dólares o pesos. Me dijeron que dependía del tipo de intercambio que pudiera obtener. Los boletos terminaron costando doscientos cuarenta dólares para toda la familia. Escuché que otra misión estaba cambiando los dólares para sus misioneros, así que fui a ellos y obtuve un buen cambio. En mi camino de regreso a la boletería, tuve que pasar por el lugar donde trabajaba mi amigo de la Fuerza Aérea. Decidí pasar y decirle “adiós” antes de irme. Venía por el pasillo. Él me dijo: “Te he estado buscando todo el día. Tengo seis boletos para ti y el avión que sale mañana”. Le di las gracias, pero le dije que sólo necesitaba cinco. Ahora tenía más de doscientos cuarenta dólares en pesos, que eran tantos que tuve que llevarlos en una bolsa de papel. Regresé de nuevo a la misión y me devolvieron pero a los pesos del nuevo tipo de cambio. Ahora tenía seis boletos y veinte dólares más que cuando empecé. El avión era un avión de cuatro motores DC 6. El avión no tenía asientos... solo un banco largo a cada lado. Todos estábamos vestidos con ropa de invierno, de camino a Florida.

Al llegar a Florida aterrizamos en una base militar, pero no nos dejaron bajar del avión. Se le dijo a la tripulación que tendrían que ir a un aeropuerto regular en Miami. Discutieron sobre esto durante dos horas y, mientras tanto, yo estaba sufriendo con mis largas prendas interior de invierno largas y mi traje de lana. Después de que nos permitieron bajar del avión, mi familia y yo buscamos un taxi. Le pregunté al conductor si podía encontrarnos un hotel barato pero agradable. Como sabía que veníamos de Chile en Sudamérica, nos llevó a un hotel cubano. Parecía el hotel más deteriorado de Miami. David, mi hijo mayor, se duchó tres veces esa noche. Cuando un niño de trece años toma tantas duchas sin que se lo digan, sabes que hace calor. En todo esto, Dios nos dio una bendición. Con el dinero que habíamos ahorrado del pasaje de avión pudimos comprar un carro en Miami. Estoy tan contento de que Dios conozca nuestras necesidades y sepa cómo suplirlas, todo a tiempo. Servimos a un Dios maravilloso y grande. Al llegar a Tennessee, nuestra iglesia local, la Iglesia Bautista Bethel, ya nos había alquilado una casa y nos la había amueblado.

Déjame contarte un divertido incidente que sucedió antes de que saliéramos de Punta Arenas. Estuve pintando todo ese día. Katherine entró y me dijo: “Será mejor que vayas a la oficina de correos antes de que cierren”. La mayoría de los misioneros viven por fe, pero siempre se les puede ver en la oficina de correos, que estaba a unas seis millas de distancia. Rápidamente, Katherine y yo fuimos a la oficina de correos, todavía tenía puesto mi overol con los que había

estado pintando. La batería de nuestra camioneta no funcionaba y tuvimos que empujar la camioneta para que arrancara. Cuando llegamos allí, no había lugar para estacionarnos. Como solo iba a entrar por unos minutos, decidí estacionarme en doble fila y dejar el motor encendido. Katherine estaba esperando en la camioneta. Cuando entré, vi a un policía parado en la puerta. Me había visto estacionarme pero no me dijo nada al respecto. Intercambiamos saludos cuando entré. Después de recibir mi correo y salir por la puerta, me detuvo. Me pidió mi licencia de conducir. Con la prisa cuando salí, me olvidé poner mi billetera en mi overol, así que no tenía mi licencia de conducir conmigo. Él me dijo: “Venga conmigo”. Me llevó a la comisaría y me encerró. Traté de explicarle cómo me había sucedido todo esto. Él me dijo: “Está bien, le diré a su esposa que vaya a su casa y obtenga su licencia”. Cuando fue a decirle a Katherine qué hacer, ella estaba histérica. Le estaba hablando en dos idiomas. Regresó a donde yo estaba y me dijo: “Saquen a esa loca de aquí y obtengan su licencia”. Al salir de la estación de policía, dije casualmente: “Eso fue bastante estúpido”. Lo que quise decir es que había sido algo estúpido de mi parte por no tener mi licencia de conducir conmigo. Debido a mi pésimo español él pensó que lo estaba llamando estúpido. En Chile, eso es lo peor que se le puede llamar a una persona. Sacó su garrote y estaba a punto de golpearme, cuando logré convencerlo de que no estaba hablando de él. Y yo que pensaba que no hablaba mal español.

NUESTRA PRIMERA LICENCIA

Después de terminar nuestra parte de la obra en Punta Arenas, era hora de que volviéramos a los Estados Unidos para tomar una licencia. Una de las primeras iglesias que visitamos al regresar a los Estados Unidos fue la Iglesia Bautista Grace en Petersburg, en Virginia. Mientras estaba allí, conocí al hermano Dwight Norville. Una vez más, la providencia de Dios estaba obrando. En el capítulo final, regresaré para hablar del hermano Norville y explicaré cómo obró Dios. Me invitó a ir a una pequeña iglesia en las afueras de Crewe, en Virginia. El nombre de la iglesia era Iglesia Bautista de Belfast. Aquí es donde conocí a A.J. y Pat Easter. Luego vinieron a trabajar con nosotros en Chile. Eso fue hace más de veinticinco años.

CAPÍTULO SEIS PEÑAFLO, CHILE

Después de visitar nuestras iglesias que nos apoyan, regresamos a Chile. Esta vez nos mudamos a Peñaflor, una ciudad pequeña, que está a unas veinticinco millas al sur de Santiago. Iniciamos la Iglesia Bautista Peñaflor. Fue aquí donde A.J. y Pat Easter se unieron a nosotros. De una forma u otra, hemos trabajado juntos desde ese día. Trabajamos en Peñaflor desde 1971 hasta 1983, un período de tiempo que abarcó nuestro segundo y tercer mandato en Chile. Dios nos bendijo de maneras maravillosas, y la iglesia creció, y la gente construyó su propio edificio, y continúa siendo usado por Dios hasta el día de hoy.

Mientras estuvimos en Peñaflor, tuvimos algunos problemas con algunos de los vecinos. Katherine fue al Ayuntamiento para ver si se podía resolver el problema. Mientras estaba allí, conoció a un hombre llamado Julio Morales. Ella lo invitó a venir a la iglesia. Él le dijo que su esposa era presbiteriana, pero que vería si ella lo acompañaría. Pues llegó Julio y en el segundo servicio se salvó. Otro misionero estaba predicando ese día. Más tarde esa semana, Katherine, yo y la otra pareja de misioneros fuimos a ver a Julio y su esposa. Hablamos con él y le explicamos lo que significa ser un nuevo cristiano. Mientras nos preparábamos para irnos, le dije a su esposa, sabemos cómo se salvó Julio. Cuéntenos cómo te salvaste. Empezó a llorar y dijo: “Nunca he sido salva”. Pudimos llevarla al Señor. Más tarde Julio dejó su puesto en la ciudad y se fue de tiempo completo a trabajar para el Señor. Él y Ana ahora están en la pequeña iglesia en Malloco, que A. J. y yo comenzamos durante nuestro próximo período. Están sirviendo al Señor fielmente. También ha trabajado en varias otras iglesias. Dos de sus hijos fueron llamados a predicar. Pude trabajar con uno de ellos después de que se entregó a la predicación. Su nombre es Hugo Morales, y ahora es el pastor de la Iglesia Bautista Victoria en Rancagua, Chile, una iglesia que A. J. y yo comenzamos durante nuestro tercer mandato. (Me estoy adelantando, pero regresaré).

Les comparto una de las grandes bendiciones que disfrutamos en Peñaflor. Para comenzar con la historia, déjame contarte un poco sobre el país de Chile. Chile está situado en el lado del Pacífico de América del Sur. Se le ha llamado el cordón de zapatos de América del Sur debido a su forma y tamaño. Tiene una costa de dos mil trescientas millas que se extiende desde el sur del Perú hasta la Antártida. La población es de unos quince millones de personas. Casi la mitad de ellos viven en el área de Santiago, que es la capital de Chile. Se dice que Chile es predominantemente católico: en el ochenta y cinco por ciento. Sin embargo, solo alrededor del diez por ciento de los verdaderos católicos asisten a misa todos los domingos. Mires donde mires puedes ver Catedrales pero la principal está en Santiago, frente a la Plaza.

Imagínese conmigo que es jueves, que son las doce en punto... Mediodía. La gente viene a la iglesia en grandes grupos. Imagine conmigo esta escena. Veo a un anciano que viene por la calle, llevado por su sobrino. Están caminando juntos hacia el frente de la Catedral. Casi parece un mercado de pulgas. A lo largo de las calles que rodean la iglesia verás flores, rosarios, cruces, cuadros, de todo lo que puedas imaginar. Incluso tienen fotos de Elvis Presley y Julio Iglesia allí. Bueno, el anciano y su sobrino se detienen y el anciano compra un rosario, entra en la iglesia, moja su mano en el agua bendita. Se pone de rodillas y así se impulsa hasta el frente de la iglesia donde está el sacerdote. El piso es muy duro y parece tener dolor. Sigue gateando de rodillas hasta que está frente al sacerdote. El sacerdote le pregunta: “¿A qué has venido?”. El anciano dice: “Estoy enfermo y tengo miedo de morir. No tengo paz. ¿Me puedes ayudar?”. El sacerdote le dice: “No tienes que preocuparte. Estás bien. Usted fue bautizado en esta iglesia y tomó su primera comunión en esta iglesia. No te preocupes por nada. La iglesia madre cuidará de ti”. El anciano dice: “Lo sé,

pero tengo miedo de morir. ¿No puedes ayudarme? Nuevamente el sacerdote dice: “Deja de preocuparte. La iglesia madre cuidará de ti”.

El anciano se va con una mirada decepcionada y un corazón apesadumbrado. Cuando se va, su sobrino, Alfredo, lo toma de la mano y lo ayuda a regresar a casa. No muchos días después, el anciano se está muriendo y mandan a buscar al sacerdote para que le dé los últimos sacramentos. El sacerdote entra con una cinta escarlata alrededor de su cuello. Tiene algo en la mano lo que parece un cascabel. Comienza a rociar agua por todas las paredes y la cama donde yace el anciano. Luego saca su librito y comienza a leerle sus últimos ritos en latín. El anciano no entiende lo que dice el cura y sigue pidiendo paz. Su voz es tan débil que el sacerdote no puede entenderlo. El sacerdote se inclina para escuchar lo que dice el anciano. El anciano agarra la túnica del sacerdote y dice: “Por favor, ayúdame a tener paz”. En ese momento el rosario se le cae al suelo. Las cuentas se esparcen por todo el suelo y el anciano sale a la eternidad. Pidió paz, pero el sacerdote no pudo ayudarlo.

Alfredo, su sobrino, ha estado pendiente de todo esto. Después de que el sacerdote se va, le dice a Flor, su esposa: “Seguro que no quiero morir así”. Al día siguiente, va donde el cura y le dice cómo se siente. Él le dice: “Mi tío no tenía paz y yo tampoco tengo paz”. El sacerdote comenzó a decirle lo mismo que le había dicho a su tío. Alfredo lo escuchó cortésmente, pero cuando regresa a casa, le dice a Flor que ha perdido toda su confianza en la Iglesia Católica. A los pocos días acude a otro cura en Peñaflor. Allí le dice al sacerdote que está buscando la paz. Este sacerdote sugiere que haga una peregrinación a un santuario a unas cincuenta millas de distancia. (Había un cierto día en que todos los católicos iban a este santuario donde hay una estatua de una virgen). Alfredo pensó que si esto le traería paz, entonces iría.

El día que iban a partir, cada uno salió como a las tres de la tarde. Caminaron toda la noche hasta el día siguiente. Cuando vieron el santuario, a unos diez metros de distancia, se arrodillaron con sus rosarios y comenzaron a rezarle a la virgen. ¿Te imaginas, aquí hay un hombre mayor, de treinta años rezándole a una estatua? Él dijo: “Pequeña virgen, ¿puedes darme paz?” ¿Sabes lo que ella le respondió? Ella no le respondió nada. Ella no puede oír. No puede hablar, y no puede sentir. Ella no es capaz de tomar el dolor y la angustia de su corazón. Después de hacer todo esto, se vuelve a casa. Él le dice a Flor: “Ya terminé con la Iglesia Católica. No te dan ninguna paz. Creo que iré a firmar esa tarjeta con el partido comunista. Me dijeron que si firmaba una tarjeta me darían trabajo. También prometieron darme una estufa y un televisor”. Flor dijo: “Cariño, desearía que no hicieras eso”. Bueno, hay mucho más en esta historia. Temprano en la mañana del lunes Alfredo estaba listo para ir a Santiago para afiliarse al partido comunista.

Hay poco más de veinte millas desde Peñaflor a Santiago. Solo había dos autobuses en esta ruta. Uno salía a las ocho y el otro salía a la una. Justo cuando Alfredo cruzaba la Plaza para subirse al autobús, había un predicador campesino estadounidense trepado en la puerta trasera de una camioneta Chevy 1960. Estaba tocando una guitarra y cantando “*Jesus Breaks the Chains That Bind You*”. (“Jesús rompe las cadenas que te atan”). Justo cuando Alfredo comenzaba a subir al autobús, gritó: “Sé que no tienes paz en tu corazón allá afuera”. Alfredo me dijo después que pensó que le estaba hablando directamente a él. Él dijo: “¿Cómo sabe ese gringo que no tengo paz en el corazón?” Fue entonces cuando dije que: “no hay paz para los impíos”. Y antes de que Alfredo pudiera subir al autobús, la puerta se cerró y el autobús se alejó. Se acercó a donde yo estaba predicando. Todavía puedo recordar cómo me miró ese día. Llevaba un viejo sombrero de paja y sus zapatos estaban hechos de una vieja llanta de automóvil. Estos zapatos se les llaman “*Jotas*”.

Tan pronto como el autobús partió, la Plaza comenzó a despejarse. Me bajé de la camioneta y le dije: “Hijo, parece que no tienes paz”. Él me dijo: “Oh, señor, he estado buscando la paz. ¿Me

puedes ayudar?” Bueno, no los aburriré con cada detalle, pero Alfredo encontró paz en su corazón esa mañana. Después de eso, no pude alejarme de él. Todos los días venía a mi casa y me seguía haciendo preguntas, algunas de las cuales no podía responder. (Ese puede ser un buen curso bíblico para jóvenes misioneros). Una mañana, Katherine me despertó y me dijo: “Algo debe estar mal. Alfredo está afuera caminando de un lado a otro en la puerta”. Me levanté y antes de que pudiera siquiera lavarme la cara o peinarme, fui a la puerta. Le pregunté a Alfredo: “¿Qué pasa?” “Nada”, dijo. “Me voy hoy y pensé que podríamos estudiar la Biblia juntos”. Entró en la casa y nos sentamos a la mesa de la cocina. Empezó a bombardearme con preguntas. Todo esto fue antes del desayuno. Nunca he visto a nadie con tantas ganas de aprender. Parecieron solo unos minutos hasta que Katherine entró y nos dijo: “Si quieres almorzar, tendrás que dejarme limpiar la mesa”. Era difícil creer que ya era la hora del almuerzo.

Esto fue para los años setenta y teníamos servicios todas las noches excepto los lunes. Alfredo nunca se perdía un servicio y siempre traía a alguien nuevo con él. Podría haber predicado de cualquier cosa. Pues la mayoría de las personas que trajo ya estaban salvas antes de llegar allí porque ya se las había ganado para el Señor. Esto continuó durante aproximadamente un año y la gente se salvaban casi todas las noches. Que maravilloso fue ver como Dios estaba obrando en el corazón de Alfredo y en el corazón de la gente. La iglesia creció de un puñado a alrededor de 125 en solo un año. Esto es lo que sucede cuando el Espíritu Santo está obrando.

Alfredo y Flor vivían en un pequeño pueblo de hongos llamado “Callampa”. Sólo había una línea eléctrica con unas cien casas en la misma línea. Y sólo había un grifo de agua en el medio del pueblo. Flor se sentaba en su casa y miraba como la gente venía a buscar agua. Salía apresuradamente de la casa para encontrarse con ellos. Ella les decía: “Apuesto a que no tienen paz en su corazón. El misionero nos dijo que si confiesas con tu boca y crees en tu corazón que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, entonces puedes tener paz en tu corazón”. Por la noche venía a la iglesia trayendo consigo sus gavillas. Un día Alfredo me pidió que cruzara la montaña para visitar a un amigo. Su nombre era Guillermo. Le dije que mi camioneta estaba en el taller, pero que iríamos tan pronto como pudiera arreglarla. “Oh, no”, me dijo, “tenemos que irnos hoy. Este es el único día que Guillermo no está trabajando”. Él dijo: “Podemos caminar, no está lejos”. Pensé, tal vez no lo está para ti, pero para mí es una larga distancia. Bueno, para acortar la historia, caminamos hasta la casa de Guillermo. Estaba sentado en el patio. Alfredo corrió hacia él y le dijo: “Guillermo, sé que no tienes paz en el corazón”. Y con eso le contó la misma historia que les había contado a todos los demás. Ese día, otra persona encontró la paz y nació en la familia de Dios.

Más tarde le pidió a Katherine que lo acompañara a visitar a su madre. Para prepararse, Katherine estuvo estudiando su guía de ganadores de almas casi toda la noche. Al día siguiente, fueron a ver a su madre, pero fue Alfredo quien habló todo el tiempo. Le dijo a su madre cómo tener paz en su corazón. Al igual que yo y Guillermo, Katherine no tuvo la oportunidad de decir ni una palabra. Esto continuó durante aproximadamente un año o más. Una noche, mientras predicaba, noté que Alfredo estaba muy callado. Pensé, debe estar enfermo o se sentía mal. Después de que terminé de predicar, me acerqué a él y le pregunté qué le pasaba. “Nada”, dijo. “Solo estaba pensando”. Le pregunté: “¿En qué estabas pensando?”. Dijo que se le había ocurrido una idea: ¿por qué no puedo hacer lo que tú haces? Bueno, si nunca has visto a un predicador montañés tener un ataque de escape, yo tuve uno. Le dije: “Alfredo, ¿cuándo quieres empezar?”. Él dijo: “Estoy listo ahora”. Bueno, esto fue el miércoles y le dije que se preparara para el domingo. Rápidamente corrió la noticia de que Alfredo Cabeza iba a predicar el domingo por la noche. Todos en el pueblo conocían a Alfredo Cabeza, por lo que todos estaban interesados en escucharlo.

El domingo por la noche, la iglesia estaba totalmente llena. Había gente de pie alrededor de la iglesia y en la calle.

Todo el mundo estaba anticipando el momento en que Alfredo comenzaría a predicar. Esa noche entró con zapatos verdaderos. Era la primera vez que lo veía en otra cosa que no fueran sus *Jotas*. La Biblia que llevaba era más grande que un catálogo de Sears. Recordé la primera vez que prediqué. Traté de mantener a la gente cantando todo el tiempo que pude para llenar el tiempo. Creo que mi primer mensaje duró unos cinco minutos. No sabía qué esperar con Alfredo. Bueno, se subió al púlpito, y dejó que su Biblia se abriera y la dejó abierta. Se abrió en Crónicas y empezó a pronunciar algunos de los nombres que yo nunca pude. Leyó unos versículos y dijo que iba a predicar sobre la parábola del Buen Samaritano.

Bueno, lo mejor que puedo recordar, comenzó algo como esto. Un hombre bajó a Jericó y cayó en manos de unos ladrones. En ese momento, Goliat pasó por el otro lado y vio al hombre y dijo, mejor vamos a buscar a Abraham. Isaac fue a buscar una novia, pero corrió debajo de un roble y la mula siguió adelante. Llegaron a la casa de Jezabel y ella estaba en la ventana. Bueno, para entender la esencia de esto, Alfredo estaba reuniendo todas las historias que había escuchado. Eventualmente, se detuvo y dijo: “Ustedes saben que yo no sé cómo predicar, pero hay una cosa que sí sé. No tenía paz en mi corazón hasta que este misionero me dijo cómo podía tener paz. Dijo que si confesaba con mi boca y creía en mi corazón que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, tendría paz. Eso es lo que hizo y ahora tengo paz, y sé que hay algunos de ustedes que no tienen paz en su corazón, pero pueden, si confiesan con su boca y creen en su corazón.” Y esa noche más personas llegaron a conocer a Cristo por la predicación de Alfredo. Algunos de ustedes pueden pensar que me inventé esta historia, pero Alfredo Cabeza es una persona real. Más tarde se fue a Suiza y comenzó una Iglesia Bautista. Tenía un hijo que también fue llamado a predicar. Hoy, Alfredo es un anciano y ciego, como yo. Pero estoy seguro de que todavía le está hablando a la gente sobre Romanos 10:9 y 10.

La primera iglesia que empezamos Katherine y yo estaba en Peñaflores. Allí tuvimos muchas experiencias. Siempre salíamos a la calle una hora antes de que comenzara la iglesia. Cantábamos y tocábamos instrumentos y citábamos versos e invitábamos a la gente a la iglesia. Después de eso, marchábamos por la calle de regreso a la iglesia, íbamos al altar y orábamos. Bueno, esta noche entramos y nos arrodillamos en el altar. Mientras todos los demás oraban, me quedé profundamente dormido. Realmente no sé cuánto tiempo estuve allí, pero cuando desperté, estaba sólo en el altar. Dije “Amén” muy fuerte y me levanté y fui al púlpito. Si alguien se dio cuenta de lo que había sucedido, nunca lo mencionó.

Otra experiencia que tuve en Peñaflores: Una noche estaba predicando sobre la fe. Di una ilustración sobre un hombre en el río y estaba congelado. Estaba de rodillas palpando y arrastrándose por el hielo. Fue entonces cuando pasó un hombre en un caballo y una carreta y cruzó. Mientras contaba esta historia, estaba sobre mis manos y rodillas mostrando lo que estaba haciendo el hombre. Miré hacia arriba y vi una calle llena de gente observándome a través de la puerta. Escuché a uno de ellos decir: “Nunca supe que hicieran penitencia en una iglesia bautista”.

Otra experiencia que recuerdo. Tuvimos un hombre que fue salvo una noche y vino regularmente durante varias noches. Estaba viviendo con una mujer antes de ser salvo. Una noche, la mujer entró con una vara de castigo. Ella lo llevaba azotándolo todo el camino hasta la puerta y nunca volví a ver al hombre.

En otra ocasión, un borracho entró antes de que comenzara el servicio en la iglesia y quería hablar conmigo. Creo que esto era una excusa para él. Realmente estaba buscando era que le dieran dinero. Lloró y me contó que su madre era cristiana. Dijo que él lo sabía muy bien que estaba en

el camino equivocado. De hecho, estaba diciendo muchas cosas que no tenían ningún sentido. Era hora de que comenzara el servicio y quería seguir hablando. Le dije que tendría que permanecer callado y tomar asiento porque era hora de que comenzara el servicio. Eso no le parecía caerle muy bien a él. De repente se levantó de un salto y salió por la puerta. Cuando se iba, se dio vuelta y dijo: “Tú no amas a nadie. Voy a salir y suicidarme”. Le dije: “No, no lo harás. Eres demasiado cobarde”. Después de toda la conmoción que había causado, finalmente logré que la gente se acomodara y comencé a leer mi texto. Justo en ese momento, escuché una fuerte detonación. En mi mente pensé que era tan borracho, y que realmente había dicho fue en serio lo que dijo. Oré, Oh, Señor, no permitas que sea así. Qué alivio cuando descubrí que sólo había sido un autobús el que había hecho una contra explosión.

Había una pareja en nuestra iglesia, José y Berta. Berta siempre era ruidosa extrovertida y decía siempre Amén. José estaba siempre callado y se dormía la mayor parte del servicio. Un día tuvimos un predicador misionero. Fue su primer sermón en nuestra iglesia. Alguien al lado de José le dio un empujón y le dijo: “Él quiere que ores”. Mientras el predicador seguía predicando, sin darse cuenta de lo que estaba pasando, José se puso de pie y comenzó a orar. Esto provocó algunas carcajadas en la iglesia. José fue fiel. Nunca se perdió un servicio. Siempre dio su testimonio. Montaba en bicicleta hasta casi los noventa años. José murió hace unos tres años, pero Berta aún vive.

MALLOCO

Posteriormente, la obra en Peñaflor le fue entregada a otro misionero. Entonces A. J. Easter y yo comenzamos una obra en la ciudad de Malloco, es una ciudad cerca de Peñaflor. Teníamos un maravilloso grupo de jóvenes con quienes trabajar. AJ y Pat sobresalen trabajando con los jóvenes. Algún día esperábamos tener nuestro propio campamento donde pudiéramos llegar y enseñar a los jóvenes. Una aspiración que tengo para los jóvenes que tienen que irse al campo misionero, es su obra entre los jóvenes. Ver a personas que eran tan solo niños cuando fuimos por primera vez a Chile y que ahora son fieles en la obra del Señor es una bendición edificante. Tuve el privilegio de visitar la iglesia allí en el 2007, y continúan creciendo y difundiendo el Evangelio por todo Chile.

Un día A. J. Easter y yo estábamos de visita cerca de la iglesia en Malloco. Vimos a un hombre joven tirado en la calle. Realmente era un camino de tierra. Estaba borracho y todo lo que tenía puesto eran sus pantalones. Alguien le había quitado sus zapatos, la camisa y el reloj de pulsera. AJ y yo indagamos por el vecindario hasta que supimos dónde vivía. Lo llevamos a su casa. Conocimos a su esposa, se llamaba Luisa. Ella nos dijo que había sido salva en una iglesia bautista del sur hace varios años. Ella nos dijo que al presente no asistía a la iglesia porque su esposo no se lo permitía. Dijo que tenía miedo de lo que él le haría si iba a la iglesia. Le dije que confiara en el Señor, que nos visitara de todos modos, y así lo hizo. La primera noche que vino, Rosalindo su esposo se quedó en la calle y miraba hacia dentro. Continuó viniendo y parándose afuera. Finalmente, una noche decidió entrar. La primera noche que vino Rosalindo, se salvó. Se convirtió en uno de los hombres más fieles de nuestra iglesia. Más tarde, el Señor lo llamó a predicar. Rosalindo y Luisa tenían dos hijos y una hija. Los cinco asistían a la iglesia. Sus dos hijos tocaban instrumentos musicales. Lo último que supe de él fue que había tenido un derrame cerebral y se le desarrollaron algunos problemas mentales. Luisa sigue siendo fiel. El nombre Rosalindo expresa “rosa hermosa”. El primer día que A.J. y yo lo conocimos, era cualquier cosa menos una

rosa linda o hermosa. Pero Dios es poderoso para cambiar los corazones y hacer que lo desagradable sea algo deseable. Gracias a Dios por sus misericordias.

LAUTARO

Luego dejamos la obra en Malloco y nos dirigimos hacia el sur hasta la ciudad de Lautaro. Era un lugar pequeño y allí había una iglesia pentecostal y una iglesia católica. Empezamos a trabajar en algunas de las iglesias de Mapuches las que Bill Strong había iniciado hace mucho tiempo. Trabajamos entre los indios mapuche hasta mediados de los noventa.

Katherine se enfermó, Ida y Vuelta a Chile

En 1995, Katherine comenzó a tener problemas de memoria. Regresamos a Tennessee durante un año y luego regresamos cuando A.J. y Pat necesitaban salir por su licencia o permiso. Ellos vivían en nuestra casa en los Estados Unidos mientras nosotros vivíamos en su casa en Chile. Al hacer esto, ninguno de nosotros teníamos que pagar alquiler. Después de estar en Chile el año pasado, sabía que tendría que regresar con Katherine a casa para siempre. Eso fue en el año dos mil. Parecía empeorar cada día. Fue entonces cuando descubrimos que tenía cáncer y el médico me dijo que le quedaba muy poco tiempo de vida. Regresamos a vivir a nuestra casa en Tennessee por el resto de su vida. Su salud empeoró y el Señor se la llevó en el 2005.

CONTINÚA LABOR RADIAL EN CHILE

A lo largo de los años, A.J. Easter y yo iniciamos unas estaciones de radio en todos los pueblos donde teníamos iglesias, a lo largo y ancho de la costa de Chile. Actualmente contamos con cuatro estaciones de radio en Chile. Están transmitiendo las veinticuatro horas del día. Una quinta estación está en proceso de finalización. Nuestra oración es que te animes a servirle al Señor. Que Dios te bendiga.

HISTORIAS INTERESANTES DE NUESTRA VIDA EN CHILE HISTORIAS DE IDIOMAS

Una de las cosas más difíciles en el campo misionero es aprender el idioma. Durante nuestras primeras semanas en Chile fue muy difícil. Un día, Katherine quería que fuese al mercado de carnes. Quería un hueso para hacer sopa. En Chile no venden carne con hueso. Los huesos se venden por separado. Algunos tienen carne encima y otros son solo para darle sabor a la sopa. La sopa es un plato popular en Chile. Para comprar tenía que saber pedir lo que quería. Busqué en el diccionario la palabra “*hueso en inglés*” ‘bone’, que en español es “*hueso*”. De camino al mercado no dejaba de decir: “*hueso, hueso, hueso*”. Entré al mercado y le dije al dependiente que quería un ‘*huaso*’ para que mi esposa hiciera sopa. Da la casualidad de que la palabra “*huaso*” es un “vaquero chileno”. ¿Te imaginas las carcajadas que me dieron ese día? El dependiente me dijo: “Será mejor

que te lleves un ‘hueso’ ya que los ‘huasos’ son bastante difíciles de hacer sopas con ellos”. Podría contarte muchos más errores que cometemos, pero tendrías que entender ambos idiomas para entenderlos. Los chilenos nunca te dirán que te equivocaste. Sé que debe ser difícil para ellos mantener una cara seria cuando escuchan los errores que cometemos.

Cuando llegamos por primera vez a Chile en 1964, Bettie Ann tenía dos años. Richard tenía siete años y David ocho. Glenda no fue a Chile con nosotros. Se casó en 1963 y permaneció en Tennessee. Bettie Ann fue la primera en aprender español. Recuerdo tener que llamarla cada vez que alguien tocaba la puerta. Ella interpretaba para nosotros. Justo enfrente de nosotros había una familia que tenía dos hijas adolescentes. A ellos les encantaba llevar a Bettie Ann a su casa. Como el español era todo lo que escuchaba, lo aprendió muy rápido. Las niñas eran muy simpáticas pero la mamá y el papá bebían mucho. Varias veces Katherine trataba de testificarle a la madre pero nunca estuvimos muy seguros si la señora nos entendía o no. Cuando estuvo cerca de la muerte, mandó llamar a Katherine y le pidió que orara por ella. Katherine la llevó al Señor no mucho antes de morir. Katherine siempre fue fiel para dar testimonio del Señor en cada lugar donde vivimos.

La mayor parte del tiempo cuando el hermano Clark y yo comenzamos nuestro ministerio, yo estaba estudiando el idioma y él estaba predicando. Pasó casi un año antes de que vi a mi primer convertido mientras usaba el idioma español.

Como mencioné antes me uní a la marina naval (Navy) cuando tenía quince años, todavía estaba en noveno grado. Al salir de la marina, tomé un examen de GED (*Desarrollo Educativo General*). Debido a mi puntaje, me colocaron en el grado 12. Después de aceptar el llamado a Chile le dije a Katherine que deberíamos trabajar con la gente de clase baja. Simplemente no sentía que pudiera hablar con personas bien educadas. ¿Bien pues, adivina qué? Una de las primeras personas que conduje al Señor fue un médico. Era el doctor de Bettie Ann.

Un día le preguntó a Katherine cómo podíamos ser tan agradables todo el tiempo cuando teníamos dos niños discapacitados. Katherine llegó a ser muy amiga de él y su esposa. Ella los invitó a ambos a nuestra casa un día y pude guiarlos a ambos al Señor. Sus nombres eran Oscar y Ruby. Recuerdo una vez después de que los comunistas tomaron el poder y las cosas eran difíciles de conseguir. La gente hacía filas en las tiendas para ver lo que se había puesto en los estantes la noche anterior. Una mañana, cuando Ruby se dirigía al trabajo, vio una fila bastante pequeña de personas en una de las tiendas. Solo tenía unos minutos antes de llegar a su trabajo y como la fila era pequeña, decidió revisarla antes de ir a trabajar. No tenía idea de lo que se vendía. Cuando llegó al mostrador, estaban vendiendo raquetas de tenis. Ella pensó: “Bueno, mientras tenga que hacer cola, también podría comprar una”. La llevó a mi casa y se la dio a Oscar quien nunca había jugado tenis en su vida. Al año siguiente ganó el campeonato aficionado. Nunca envejecemos para aprender. Oscar y Ruby fueron miembros muy fieles de nuestra iglesia. Estamos en la obra de Dios. Por lo tanto, nunca subestimes lo que Dios puede hacer con tu vida. ‘Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe.’

CAPÍTULO SIETE

HISTORIAS GENERALES TRANSPORTE TEMPRANO

Estuve en Chile durante casi seis años antes de poder tener un automóvil. Mientras residía en Balmaceda, viajaba en el autobús, cuando estaba funcionando. Estaba averiado la mayor parte del tiempo. A veces viajaba en la parte trasera de los camiones que llevaban troncos o camiones de ganado o cualquier otro tipo de vehículo que subía por la montaña. En Balmaceda sólo había tres personas propietarias de automóviles. Había dos camiones grandes y una camioneta. Carlos Assi era el dueño de la camioneta y a veces me la prestaba. Eventualmente le compré un caballo a un niño de trece años. Lo primero que hice después de comprar el caballo fue mirarle la boca. Siempre escuché que esto era lo que se suponía que debías hacer. El niño me dijo: “Déjame explicarte por qué sus dientes están mal. Están podridos porque le di algunas vitaminas”. Me dijo que el caballo sólo tenía cuatro años. Más tarde supe que el caballo tenía doce años. Sin embargo, el caballo era un caballo muy manso y fácil de montar.

Un día hice un viaje a Punta Arenas. Dejé el caballo en un campo donde vi que todos los demás habían dejado los caballos. Yo no sabía que la costumbre allí era que cuando necesitabas un caballo, tomabas el primero que podías atrapar. Mientras yo estaba en Punta Arenas alguien se había llevado mi caballo y lo estaba usando donde hacían ladrillos. El método que tienen para hacer ladrillos es verter agua en el suelo para hacer barro. Llevan un látigo en la mano y hacen al caballo dar vueltas y vueltas para hacer el barro. Si el caballo se detiene, lo golpean con el látigo. Yo no estaba al tanto de lo que había estado sucediendo. Cuando regresé de Punta Arenas, decidí irme a pescar. Había unas diez o doce millas hasta el lago. Cuando comencé a subirme al caballo de regreso a casa, levanté la mano con mi caña de pescar en la mano. El caballo pensó que le iba a pegar. Rompió las riendas y se fue. Por supuesto, me caí y ahora estaba a unas diez millas de mi casa y sin caballo. Terminé caminando hacia mi casa.

Un día durante el invierno, salí para encontrar la vaca de un vecino. Yo estaba en el mismo caballo. Mientras rodeaba por la orilla del río, el agua había humedecido la orilla. Cuando pasé, todo el banco se desprendió y el caballo patinó y cayó en el agua conmigo sobre él. Tan pronto como golpeé el agua, se levantó y se fue. El agua se congeló y me quedé en medio del río. La temperatura estaba a unos diez grados ese día. Tan pronto como salí del río, mi ropa estaba tan rígida como una tabla. Era un largo camino a casa y no dejaba de pensar, me voy a morir de neumonía. Finalmente llegué a mi hogar y me puse ropa seca. Me acosté detrás de la estufa de leña para calentarme. Ni siquiera cogí un resfriado. ¿Qué fue lo que dije sobre infantes e idiotas?

MIS BUENOS HÁBITOS AL CONDUCIR EN EL CAMPO

Bueno, no sé si el Dr. Gambrell apreciará esta pequeña parte de mi charla. Voy a hablarles de algunos de mis hábitos al conducir de los cuales no estoy muy orgulloso. Un día David y dos de sus amigos iban conmigo en un pequeño automóvil Fiat. Un individuo cruzó una señal de alto y casi choca conmigo. Les dije a los muchachos: “Yo lo arreglaré”. Conduje lo más rápido que pude y le corté al frente esto a unas cuatro cuadras de distancia. Bloqueé la intersección y salí de mi auto. La persona nunca se movió excepto para bajar su ventanilla. Le dije de todo lo que se me ocurrió pero sin maldecir. Debo haberle gritado y despotricado durante al menos dos o tres

minutos. Después de callarme, con mucha calma él me dijo: “¿Algo más, señor?”. Le dije: “no”. Todavía muy caballeroso y tranquilo, me dijo: “*Muy bien, señor, hasta luego*”. Subió la ventanilla y se alejó. Créeme, no podía haberme dado más duro si me hubiese golpeado con un pedazo de madera de dos por cuatro. Yo estaba tan avergonzado. Me dio vergüenza volver al auto. David nunca me ha dejado olvidar ese día.

Entre otros incidentes humorísticos que nos sucedieron mientras conducía por Santiago me ocurrió cuando llegué a un semáforo. Había un autobús que tenía mi visión bloqueada. Hice un giro a la derecha con la luz en rojo, lo que no está permitido en Chile. Inmediatamente salió un policía de entre los autos estacionados y me pidió mi licencia. Le mostré mi licencia y me preguntó si yo era ciego. Le dije “no, pero el autobús me impedía la visión”. Él me preguntó: “¿Es usted un misionero?” Le dije “sí”. Me dijo que podía irme esta vez. Bueno, al día siguiente estaba conduciendo de nuevo por esta misma calle y pensé que el semáforo estaba en luz verde. Estaba siguiendo un autobús nuevamente, y la luz cambió mientras yo giraba. Bueno, allí estaba ese mismo policía otra vez. Él me miró. Retrocedió y miró mi camioneta. “¿No te detuve ayer?” “Sí, señor”, le dije. Él me dijo: “Creo que estás ciego”. Empecé a poner excusas, pero él me detuvo. Me devolvió mi licencia y me dijo: “Esta es la última vez, señor”. Bueno, al día siguiente estaba como a veinte cuadras en otra parte de Santiago cuando el semáforo se puso amarillo. Katherine me dijo: “Será mejor que tengas cuidado”. Antes de que pudiera decir “no te preocupes”, miré hacia arriba y allí estaba el mismo policía dirigiendo el tráfico más adelante. Gracias a Dios, esta vez estaba de espalda y no me vio. Algunas veces conducir en Santiago puede ser un desafío.

Permítanme compartir una pequeña historia sobre Rosalindo, el hombre que se salvó en la obra en Peñaflor. Tiene algo que ver con mis buenos hábitos de conducir. Ocurrió un día que iba a una ciudad cercana, estaba a unos doce kilómetros y manejaba el auto Fiat. Se le rompió la correa del ventilador. Tuvieron que llevarme a la siguiente ciudad para comprarle una correa. Un Fiat 600 es más pequeño que un Volkswagen. Cuando regresé con la correa, era muy pequeña. Ahora tenía que pedirle a alguien que me llevara de nuevo. Con mi suerte, no encontré a nadie. Vi un autobús que iba en sentido contrario, así que me subí y me fui a casa a buscar mi camioneta. Mientras estaba allí vi a Rosalindo. Le pregunté si podía ir conmigo y ayudarme a traer el Fiat. Le pregunté si podía conducir. Me dijo que nunca había conducido un automóvil, pero que sí un tractor varias veces. Le dije que eso estaba bien. Ya que todo lo que tenía que hacer era conducir el Fiat. Él y yo nos fuimos en la camioneta hasta donde estaba el Fiat. Le amarré una cuerda con unos doce o quince pies de holgura al Fiat. Íbamos de regreso a mi casa. Supongo que realmente olvidé lo que estaba haciendo. Lo siguiente que me di cuenta fue que yo conducía a cincuenta y cinco o sesenta millas por hora por la carretera (90 a 96 km.), cuando miré por el espejo retrovisor para ver cómo se veían las cosas. Fue entonces que vi a Rosalindo yendo de un lado del camino al otro. Iba todo el camino por el carril del tráfico que venía en sentido contrario. Antes de que pudiera detenerme por completo, el Fiat se dirigía hacia mi lado de la carretera. En ese momento la cuerda se rompió. Rosalindo aterrizó en unos seis pies de los arbustos al costado del camino. Casi me muero del susto. Esperaba que estuviera muerto cuando lo alcancé. Pero ahí estaba Rosalindo tranquilo, más fresco que una lechuga. Simplemente dijo: “*Baj*, esto es diferente a un tractor”. Sin duda estoy agradecido de que el Señor se montara con él ese día.

ADOPTAMOS GEMELAS EN EL CAMPO

Otro buen amigo que conocí mientras estaba en Chile fue Billy Mims. Billy estaba trabajando para la NASA. Esto fue durante el tiempo que Katherine y yo vivíamos en Santiago. Bettie Ann tenía nueve años y era la única niña en nuestra familia. Cada noche cuando oraba, ella le pedía a Dios que le diera una hermanita. Katherine y yo sabíamos que no podíamos tener más hijos, así que empezamos a buscar para adoptar una. Sentimos que debido a que había tantos niños sin hogar, debería ser fácil adoptar uno. Sin embargo, no fue tan fácil como pensábamos. Cada noche cuando oramos le pedíamos a Dios que nos diera una niña para adoptar. La señora de la agencia de adopción nos dijo que cada niño tenía que ser examinado para ver si estaban lo suficientemente sanos para ser adoptados. Katherine le dijo que esto no era un problema. Ella le dijo: “tenemos dos hijos discapacitados, y los amaremos tanto como a los nuestros”. La señora regresó y les dijo a los trabajadores sociales del hospital, “si esta familia ama tanto a los niños, les vamos a encontrar uno”. No mucho después de eso, nos llamó y nos preguntó: “¿Les gustaría tener gemelas?”. Dijimos bien, y ese mismo día fuimos a verlas. Eran gemelas, pero no gemelas idénticas. Una tenía el cabello rubio rojizo y rizado y la otra tenía el cabello negro azabache y lacio. Dos hermosas niñas. Ese fue el día que conocimos a Verónica y Patricia. Tenían once meses cuando las conseguimos. Bettie Ann dijo: “Solo oré por una hermana y Dios me dio dos”. Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.

EL USO DE LA RADIOAFICIÓN EN LAS MISIONES

Bill y Mavis Mim, también habían adoptado a tres niños al mismo tiempo: Billy, Joey y Melanie. Bill y Mavis eran buenos cristianos de Mississippi. Billy también era operador de radioaficionados. Hizo que me interesara en convertirme en operador de radioaficionado y me regaló la mayor parte de mi equipo. Me encantó hacer esto. De hecho, recibí dos reconocimientos por ayudar a personas en apuros. Recuerdo especialmente una noche. Por lo general, nunca me ponía a usar la radio en la noche. Katherine asistía a una reunión de damas, así que decidí pasar el tiempo en la radio. Mientras encendía la radio, escuché una estación llamando a Panamá una y otra vez. Dijeron que era urgente. Seguí escuchando y no escuché que nadie le respondiera la llamada. Luego marqué la frecuencia y escuché una estación de Panamá. Lo interrumpí y le dije que alguien estaba llamando a una estación de Panamá por la frecuencia. Pude conectarlos y me enteré de que un niño había sufrido quemaduras graves en un incendio. Era urgente que llegara al hospital militar en Panamá. La historia terminó con el niño siendo trasladado en avión al hospital y posiblemente salvándole la vida. Normalmente, nunca habría estado en la radio a esa hora de la noche. Pude retransmitirlos de un lado a otro. En otra ocasión recibí un reconocimiento cuando pude ayudar a localizar a una persona perdida.

EN GENERAL – LOS ESTADOS UNIDOS

Artículo 1

A veces, cuando se está en los Estados Unidos todo el tiempo, es difícil darse cuenta de todos los cambios que se están produciendo. Sin embargo, cuando estás fuera del país durante cuatro o cinco años, los cambios son muy evidentes. La primera vez que llegué a casa del campo

misionero, todo el mundo hablaba de trucos. Estaban preguntándose: “¿Crees que está bien dar dulces en el autobús? O crees que está bien o mal hacer esto o aquello”. Recuerdo a mi buen amigo, Bill Hampton, quien ahora está con el Señor. Él siempre decía: “No conozco ninguna forma mala de presentarle la salvación a alguien”.

Inmediatamente después de ser salvo por primera vez, fui a visitar a mi pastor. Visitamos a un joven que había asistido a nuestra iglesia. Le pregunté por qué no estaba salvo, y nunca olvidaré su respuesta: “no lo siento, me supongo”. Posteriormente, esa misma tarde salió para ir a la granja de su papá. Mientras estaba allí, el tractor en que viajaba se volcó cayendo encima de él y murió instantáneamente. Nunca sabemos cuándo estamos hablando con alguien por última vez. Dios nos dice: “Hoy es el día de salvación”.

Hay varias maneras en que podemos testificar. Recuerdo un incidente que sucedió mientras estaba en Michigan. Había una señora en la iglesia que pedía la oración por su esposo en cada servicio. Muchas personas, incluyéndome a mí, le habían testificado a él. Recuerdo que un día le pregunté cuándo vendría a la iglesia. Él me dijo: “Cualquier día de estos”. Lo llamé por su nombre y le dije: “¿Por qué no dejas de mentir? Sabes que no tienes ninguna intención de venir a la iglesia”. Para mi sorpresa, vino el próximo domingo y fue salvo. Se hizo muy fiel pero luego su esposa dejó de venir. A veces pienso que las mujeres utilizan a sus esposos como excusa. Si no quieren venir a la iglesia, pueden decir que fue por culpa de él. Esto me recuerda a los jóvenes en Chile, así como en los Estados Unidos. Venían a la iglesia fielmente para estar con alguien con quien querían salir. Pero tan pronto como se casaban, dejaban de ir a la iglesia. El amor es maravilloso, pero puede ser peligroso. Si alguna jovencita lee esto, ¡tenga mucho cuidado! Chicas, los muchachos les prometen cualquier cosa para que salgan con ellos.

Artículo 2

Un día cuando me sentía deprimido, y me parecía que ya nadie estaba interesado en las cosas del Señor. Parecía que los miembros de la iglesia estaban interesados en todo menos en el Señor ni en Su obra. Ese día, mientras conducía, vi a un joven pidiendo un aventón. Hace años solía recoger gente así, pero ahora es demasiado peligroso. Bueno, recogí a este joven y antes de que pudiera iniciar una conversación por mi cuenta, dijo: “Supongo que todos estarán bebiendo durante este día de fiestas”. El día del trabajo estaba a la vuelta de la esquina. Y antes de que pudiera decir algo, él me indicó: “Pero yo no lo haré. Fui salvo la semana pasada y ya no bebo. Por el resto de mi vida quiero contarle a la gente lo que Jesús hizo por mí”. Ante esto, tuve que dejar de conducir. Quería escuchar todo acerca de su experiencia de salvación. Fue una bendición. Lo llevé al lugar al que quería ir y luego me fui a casa. Se estaba llevando a cabo una reunión de avivamiento en una iglesia cerca de mí. Cuando llegué allí, ese mismo joven también estaba allí. Cuando le conté a los hermanos de la iglesia sobre nuestro encuentro ese día, tuvimos un buen momento de gritos y júbilos a la antigua. Se hizo miembro de la Iglesia Bautista Melville Hill y esa fue la última vez que lo vi. Dios realmente usó a este joven para animarme cuando lo necesitaba. Dios es demasiado bueno con nosotros.

AMIGOS QUE ME HAN AYUDADO

El Dr. Gambrell y yo somos amigos desde hace muchos años. Nos conocimos después de su primer ordenamiento en México. Eso fue allá por los años setenta. Más tarde se convirtió en secretario adjunto de la Misión Bautista Maranata. Él fue responsable de que se me incluyera en muchas de nuestras iglesias de apoyo. Una vez, cuando estaba en mi hogar en una breve visita desde Chile, me estaba quedando en Florida. En ese momento, el Dr. Gambrell estaba en una reunión en Carolina del Sur. Me llamó y me invitó a la reunión. Ni siquiera hablé esa noche, pero la iglesia me aceptó para enviarme cincuenta dólares al mes. Todavía me están apoyando.

Mientras estuve en los Estados Unidos, recuerdo haber ido a una iglesia con el Dr. Gambrell. Era una Conferencia Misionera. La iglesia había dado cuarenta y ocho mil dólares el año anterior para las misiones. Este año, su meta era de cincuenta mil. El lunes por la noche había más misioneros que miembros, el martes por la noche lo mismo. El miércoles por la noche tenían una multitud bastante decente. Jueves y viernes volvieron a ser escasos en número. Tenían tantos misioneros como miembros para asistir. Cuando llegó el domingo, la iglesia estaba llena. Prometieron cincuenta y dos mil dólares para los misioneros. Esta es una imagen de lo que son la mayoría de las iglesias hoy. La gente dice, puedo darte mi dinero pero no esperes nada más de mí. Hoy esa iglesia ya no está. Se ha convertido en un centro de asesoramiento. Parece que la gente no quiere involucrarse. Es triste ver que esto suceda.

Escuché al Dr. James Crumpton contar una historia sobre una joven dama. Ésta sintió el llamado para ir a la India como misionera. Pero entonces un joven llegó a su vida y se enamoraron. Él le pidió a ella que se casaran. Cuando ella le contó sus planes de ir al campo misionero, él dijo: “Podemos conseguir buenos trabajos y ganar dinero y enviárselo a otros misioneros”. La dama contó cómo George era un esposo tan maravilloso. Tenían una familia maravillosa y daban regularmente para las misiones. Pero ella dijo: “Todas las noches escucho a Jesús decir: Te llamé a la India”. Espero que si algún joven está leyendo esto, ponga a Dios primero. Dios puede darte la pareja adecuada. Lo sé, porque Dios me ha dado dos maravillosas ayudantes. Dios también dice que Él suplirá todas nuestras necesidades.

Parece extraño que en los días antes de que yo comenzara a escribir estas pequeñas charlas mías, mi pastor predicaba sobre probar la voz que nos habla antes de tomar la decisión. Pensé en un misionero que una vez conocí. Lo conocí a él y a su esposa en una conferencia misionera. Ella era originaria de un país extranjero y tenía un pequeño acento “bonito”. Tenía un testimonio interesante y Katherine y yo teníamos una preocupación por esta pareja. Le dije a Katherine para considerarlos como nuestros compañeros de fe. Dijimos que los apoyaríamos financieramente y en la oración. Katherine estuvo de acuerdo y comenzamos a apoyarlos. La señora era de un país europeo y su marido también conocía el idioma. También dijeron que sentían que el Señor los estaba llamando a ir a Perú. Comenzaron en la escuela de idiomas para estudiar español. Unos meses después, enviaron una carta pidiendo oración diciendo que habían decidido no ir a Perú. Habían decidido ir a su país de origen en lugar de Perú, ya que ambos conocían el idioma. Katherine y yo estábamos emocionados con esta noticia. Pensé para mis adentros que realmente están en la voluntad de Dios ahora. Estuvieron en preparación durante casi cuatro años. Finalmente llegaron al campo al que dijeron que Dios los había llamado. Estuvieron allí sólo tres semanas antes de regresar a los Estados Unidos. Parecía que no podían encontrar una escuela adecuada para sus hijos allí.

Después de regresar a los Estados Unidos, él decidió convertirse en pastor. Esto tampoco duró mucho. Un día vino a hablar con un pastor amigo mío. Le dijo que pensaba que sabía cuál

era su problema. Él no pensaba que alguna vez había sido salvo. El pastor lo llevó al Señor. Continuó tratando de pastorear, pero solo unos meses después murió de un ataque al corazón. ¡Asegúrese de probar la voz antes de tomar la decisión!

NUESTRO MINISTERIO VOLANTE

Cuando me fui a vivir a Santiago, conocí a otro misionero. Su nombre era Harold Laird y estaba en la radioafición. Harold vivía en Arica, en el extremo norte de Chile. Tenía un avión Cessna 206. Posteriormente voló a Santiago en su avión. Él y yo nos hicimos muy buenos amigos, hablábamos frecuentemente por radio. Tenía un hermano cuyo nombre era Roger. Roger vino a Arica para ayudarlo en la obra allí. Más tarde supe de otro misionero en Punta Arenas que estaba de viaje. Quería saber si Katherine y yo nos queríamos ir a vivir en su casa mientras él estaba fuera por un mes. Nos pidió también que predicáramos en la Iglesia Americana que estaba allá en Punta Arenas. Un día, mientras estábamos en la parte sur de la ciudad, conocimos a otra pareja y descubrimos que se trataba de Roger, el hermano de Harold. Los invitamos a venir a nuestra casa para tomarnos algunos refrigerios y conocernos. Bueno, se quedaron hasta las doce y cuarto de la mañana. Finalmente, le dije a Katherine, lo suficientemente alto como para que me escucharan: “Será mejor que nos vayamos a la cama para que esta gente pueda irse a su casa”. Bueno, este fue el primer día de Roger en Punta Arenas. Más tarde, cuando nos conocimos mejor, él me dijo que pensaba que yo había sido muy grosero esa noche, por hablarles de esa manera. Pero cuando salió a la calle y miró su reloj esa noche, se dio cuenta de que era más de medianoche. Fue entonces cuando se sintió mal por haberse quedado hasta tan tarde. En Punta Arenas no oscurece hasta las diez y media o las once de la noche.

Desde entonces, Harold y Peggy y Roger y Rexine han sido algunos de nuestros amigos más cercanos. Intercambiamos púlpitos muchas veces. Una vez realicé un servicio de avivamiento para Harold en Arica. Duró una semana. Cuando regresé a casa, Katherine me preguntó cómo había ido todo. Le dije que estaba bien. Tuvimos un hombre que se salvó y un montón de niños jóvenes. Me olvidé por completo de esta experiencia hasta unos cuatro años después. En un viaje de regreso a Arica, vi a una de las jóvenes que se salvó en ese avivamiento. Ahora ella estaba enseñando una clase de escuela dominical. El grupo de niños jóvenes que mencioné eran un total de treinta y ocho jóvenes. Muchos de ellos han continuado en la obra del Señor. Me recuerdo de una en especial, que se llamaba Carmen. Ella debe haber tenido una mala vena era muy traviesa. Golpeaba a los otros niños, les ponía goma de mascar en el pelo y hacía cualquier cosa para molestarlos. Pero Carmen ahora enseñaba en la escuela dominical. Más tarde Carmen se iba a casar y quería que fuéramos a su boda. En Chile te casas primero por el tribunal civil y luego por la iglesia. Fui con ellos a la corte civil para la ceremonia. Tuvo que llenar un cuestionario. A ella se le preguntó su fecha de nacimiento. Ella dijo, el 29 de abril de 1964. Pensando en ese momento, yo estaba abordando un barco para Chile el mismo día que ella nació. Qué gran Dios le servimos.

Como Harold y Roger eran pilotos, me animaron a tomar lecciones de vuelo. A mi llegada a los Estados Unidos, comencé a tomar lecciones de vuelo. Al mismo tiempo, mi pastor Al Goss y otro miembro estaban tomando clases de vuelo en el mismo aeropuerto. Tomé mis clases de vuelo en Dayton, Tennessee. Me llevó más horas hacer lo que es un ‘sólo’ que a los demás. Finalmente llegó el día y estaba listo para mi examen. Sammy Marlowe, mi instructor, me llevó a Morristown para tomar el examen. Ya casi era hora de que regresara a Chile y fracasé la prueba. Estaba realmente decepcionado. Sin embargo, Sammy llamó al examinador por mí. Me dijo que

podía volver después de haber volado un poco más “bajo el cofre”. No me tomaré el tiempo para explicar todos los detalles al respecto. Pero cuando llegó el momento de regresar, Sammy me preguntó si podía encontrar el camino de regreso allí. Ya me había dado pistas sobre lo que me pediría que hiciera. Fui a Dayton, que está cerca de Knoxville. Fueron unas veinte millas hasta Morristown, donde tuve que tomar el examen. Cuando llamé por radio a Knoxville, el hombre me preguntó si había consultado cómo estaba el tiempo en Morristown. Le dije que había consultado la de Dayton. Me dijo que estaban reportándose tormentas eléctricas en Morristown. Le pregunté: “¿Qué crees que debo hacer?”. Él dijo: “No te puedo decir que tienes que hacer”. Ahora yo estaba realmente en un dilema porque no sabía qué hacer. En unos minutos, volvió a hablarme por radio y aconsejó: “Si yo fuera un estudiante de vuelo y estuviera de camino a Morristown, y si supiera que se avecinaba una tormenta, regresaría a Dayton”. Y agregó: “Tengo mucho tráfico llegando debido al clima. Te voy a conducir por Knoxville”. Bueno, viré, pero me perdí. Abajo podía ver el río Tennessee. Decidí seguir el río porque Dayton está localizado donde pasa el río Tennessee. Mientras miraba, me parecía ver una gran curva en el río. Recapacité y me dije: no sirve de nada ir de ida y vuelta hasta allá. Cruzaré aquí y me guiaré por el río desde allá. Volé y volé y nunca llegué al río. Lo que en realidad había visto era un banco de nubes y no el río. Ahora, estaba realmente perdido. No obstante, muchas veces he usado esto como ilustración. Aunque sabía que estaba perdido, era demasiado orgulloso para llamar y decir que estaba perdido. Hay muchos pecadores así. Finalmente vi un terminal de aeropuerto debajo. Pensé que sabía dónde estaba, pero no estaba seguro. Llamé pero nadie me respondió. Así que de todos modos aterricé. Todavía tenía demasiado orgullo para decirle al hombre que estaba perdido. Me dijo que me había oído llamar pero que su transmisor no funcionaba y no podía contestarme. Mi excusa para aterrizar fue que necesitaba gasolina. Regresé al avión y descubrí que estaba a sólo ocho millas de Dayton. Volar en Chile es mucho más fácil. Chile es un país angosto y tiene las montañas de un lado y el océano del otro. Es bien fácil perderse en los Estados Unidos. Hay tantos aeropuertos. Una vez, mientras volaba hacia Greer, en Carolina del Sur, volaba “fuera” del VFR “*Visual Flight Rules*” (*Reglas de Vuelo Visual*) {*las siglas en inglés VFR, simplemente significan que la aeronave está destinada a operar en condiciones meteorológicas visuales*}. Llamé y le dije al control que estaba a unas cinco millas. En unos minutos volvió a llamar y dijo: “No puedo encontrarte en el radar”. Le dije que estaba volando a favor del viento y a punto de ir a la base (*aterrizar*). Me preguntó qué aeropuerto estaba buscando. Le dije “Greer”. Él me respondió: “Bueno, señor, este es el aeropuerto general de Greenville, el de Greer está a ocho millas de distancia”. Entonces fue cuando me preguntó si yo era estudiante de piloto. Le dije: “No, pero probablemente parezco uno”. Ahora yo esperaba que me llamaran la atención los de la torre en Greer cuando aterrizara. Sin embargo, para mi sorpresa, nadie dijo nada. Decidí que cuando me fuera para regresar a Chattanooga, haría todo bien. Después de despegar, la torre de control me dijo que girara noventa grados a la derecha. En cambio, giré a la izquierda. ¿Si alguna vez me han regañado fue esa? Para cuando terminó de regañarme, yo estaba fuera de rango a cinco millas. Jamás volví allí de nuevo.

Una vez, cuando el hermano Harold y yo volábamos en el avión Cessna 206, Harold me dijo: “Lew, tengo el avión en el piloto automático. Voy a tomar una siesta. Mantente alerta. Bueno, sin nada que hacer, me quedé dormido también. Al hacerlo, sobrevolamos un área prohibida por las fuerzas armadas. Por supuesto que nos llamaron pero aceptaron nuestras disculpas. Como he dicho antes, el Señor tiene compasión para con los infantes e idiotas.

El avión se utilizó para nuestra obra en el ministerio de las cárceles. Al tener un avión, podíamos ir a dos cárceles por la mañana, almorzar e ir a dos cárceles más por la tarde. Con cualquier otro tipo de transporte, nos hubiera tomado todo el día llegar a una cárcel. Como mi vista

casi se me ha ido, sé que nunca podré volver a volar. Cuando pude hacerlo, disfruté cada minuto. No he volado desde 1987. Todavía lo extraño. Todavía tengo mi licencia de piloto pero no puedo aprobar el examen anual.

DÍAS DESGARRADORES EN EL CAMPO

En el campo misionero suceden muchas experiencias desgarradoras. Una noche, mientras predicaba Johnny Barker, un maravilloso misionero, entró una pareja joven con un bebé de dos años. Cuando Johnny dio la invitación, el joven pasó al frente y pareció realmente salvarse. La segunda noche regresaron y la señora se salvó. Parecía un poco mayor que el hombre, pero eso es común en Chile. Continuaron viniendo a los servicios de avivamiento hasta que se terminaron. Un día vino y habló con Katherine. Ella le dijo que el hombre con el que vivía no era su verdadero esposo, sino que era el padre de su hijo de dos años. Había decidido que quería volver con su verdadero esposo, con quien tuvo tres hijos. Ella ya había hablado con su esposo acerca de aceptarla y él había accedido. Unos días después íbamos a tener los bautismos. Ella preguntó si podía bautizarse ya que había enderezado su vida. Le respondí: “No veo por qué no”. El joven con el que había estado viviendo también quería ser bautizado. Nunca se había casado. Estuve de acuerdo en bautizarlos a ambos. Incluso le testifiqué al primer esposo de la mujer y le presenté el plan de salvación. Él no estaba interesado. Él dijo que era católico. Ese mismo domingo después del bautismo los dos que decían ser salvos se juntaron y pasaron la noche juntos. Fui donde ellos y les aconsejé y les dije que lo que estaban haciendo estaba mal. La única respuesta que pudo dar fue: “Quiero hacer lo correcto, pero no puedo dejarlo”. Unas dos semanas después, volvió con su verdadero marido y le pidió que la aceptara de nuevo. Esta vez, sólo duró dos días, y ella estaba de regreso con su joven amante nuevamente. No fue sino poco tiempo después que supimos que tenía cáncer. Katherine se hizo muy cercana a ella durante este tiempo. Katherine iba todos los días para “recoger” la morfina que tenía que tomar. Los proveedores sólo le darían la morfina a Katherine. No se la daban a nadie más. Durante su enfermedad ella volvió a llamar a su verdadero marido y le pidió que la perdonara. Mientras su marido le sostenía la mano, en la cocina el joven que era amante estaba besando a su hermana. La señora murió poco tiempo después. El joven terminó casándose con una joven que tenía un hijo de la misma edad que su hijo. Él y su esposa permitieron que los niños asistieran a la iglesia, pero ellos nunca asistieron. Este es un problema importante en América del Sur, especialmente en Chile. Las parejas tendrán varios hijos y nunca se casan. Finalmente llegué al lugar en el que tendría que pedirles una tarjeta de identificación antes de aceptarlos como miembros. En Estados Unidos parece que nuestra moral está girando en espiral en la misma dirección. Nuestros jóvenes realmente necesitan la oración.

ENFERMEDAD EN EL CAMPO

En 1985 tuve una enfermedad muy grave. Ese día había estado en la escuela donde asistía Patty, nuestra hija. Estaban teniendo un día de campo. Había un juego de pelota y me pidieron que jugara. Durante el primer juego, jugué nueve entradas. Más tarde, necesitaban jugadores para el segundo juego y yo también jugué en ese juego. Tuvieron una comida al aire libre y comieron hamburguesas. Noté que mientras me comía la hamburguesa me costaba trabajo tragar. Recordé sentirme cansado. Recordé que me había caído durante el juego y pensé que por eso era por lo que

mi espalda estaba tan rígida. Cuando llegó el momento de irnos, Patty me pidió que pusiera su cartera de libros en la parte trasera de la camioneta. Me costó mucho levantar los libros. Pensé que esto era extraño, pero seguí pensando que pronto me sentiría mejor. De camino a casa paramos para comprar una caja de huevos. Apenas podía subirme a la camioneta. Incluso le dije a Katherine que realmente estaba sintiendo mi edad ese día. Cuando llegamos a casa decidí acostarme, ya que estaba muy cansado. Encendí el reproductor de cintas cuando me subí a la cama. Más tarde, cuando fui a cambiar la cinta, me caí de la cama. Mi cuerpo simplemente no se movía. Katherine tenía problemas con su hombro y no podía levantarme. Llamó a uno de los hijos de Harold Laird para pedirle ayuda. Esto sucedió una noche en que estaba en una reunión. Dijo que vendría lo antes posible. Cuando llegaron Harold y Roger, yo no podía moverme. Me recogieron, me metieron en su coche y me llevaron al hospital. Mientras estaba en el hospital me hicieron todo tipo de exámenes que se les ocurrieron y no pudieron encontrar nada malo. Incluso nos preguntaron a Katherine ya mí si habíamos tenido una discusión. Cuando les dijimos “no”, pensaron que estábamos fingiendo la enfermedad. Me quedé en el hospital toda la noche. A la mañana siguiente llamaron a una especialista. Su nombre era Violeta Díaz. Dijo que había estado despierta toda la noche tratando de averiguar qué me pasaba. Había llamado a su instructor y habían llegado a la conclusión de que yo tenía *Guillain Barre*. Este es un virus que ataca la base del cerebro y deja a uno paralizado. Durante los siguientes treinta días me mantuvieron en cuidado intensivo. Permanecí en el hospital durante sesenta días, todo en total. Siempre he creído que el dinero debe reservarse para emergencias. Tenía cuatro mil dólares ahorrados. Mi factura ascendió a poco más de siete mil dólares. Cuando recibí mi manutención mensual este mes, pude pagar mi factura total y me sobraron setenta y nueve centavos. El Señor ya nos ha dicho que todas nuestras necesidades serán suplidas. Qué maravilloso es el Dios que servimos. Me tomó cerca de tres meses poder levantar mi mano sobre mi cabeza. Algunas personas que han tenido a *Guillain Barre* tienen muchos efectos secundarios. Nunca he tenido ninguno. Dios ha sido muy bueno conmigo. Recuerdo haber vivido en el campo cuando era niño. Bebimos agua de un viejo pozo, que tenía lagartijas, ranas y Dios sabe qué más había en el pozo. Creo que Dios me estaba haciendo inmune a muchas cosas que encontraría más adelante en mi vida. Mientras vivíamos en Balmaceda, teníamos que beber agua directamente del río. Nunca me dio hepatitis mientras estaba en el campo misionero.

LA VIDA EN EL CAMPO EXTRANJERO

Recuerdo otro día en Balmaceda cuando mi hijo David y yo íbamos a Punta Arenas. Volamos en un avión de la Fuerza Aérea. El avión salía el jueves y regresaría el sábado. Por lo general, salía de Balmaceda y volaba a Punta Arenas y regresaba a Balmaceda, y luego a Santiago. Por problemas en el motor, partieron de Punta Arenas hacia Puerto Montt para realizar reparaciones. Indicaron por radio que iban directamente a Santiago y que no aterrizaría en Balmaceda. Por esta razón, David y yo estuvimos varados en Punta Arenas durante treinta días sin cambiarnos de ropa. Esto fue durante el tiempo en que la mayoría de las personas tomaban sus vacaciones. Era difícil conseguir un vuelo en un avión comercial. Cada mañana yo iba a la oficina y le preguntaba a la señora si había un vuelo desde Punta Arenas. Ella sacudía la cabeza y decía: “No hay más vacantes hoy”.

Esto continuó durante casi un mes. Finalmente le dije que quería ver al gerente. Ella me dijo: “Está bien, pero él te dirá lo mismo que te dije”. Finalmente llegué a ver al gerente y me dijo: “no hay problema”. Él me dijo: “Hay una pareja de ancianos que se quedan aquí y no les importa

quedarse unos días más. Nos dijo que usted y su hijo pueden tomar su pasaje. Cuando regresamos al lugar donde nos hospedamos, Katherine y los otros dos niños ya estaban en Punta Arenas. Llevaba un mes pidiendo que se me consiguieran boletos finalmente cuando los consigo ahora tenía que volver y decirle a la chica que no los necesitaba. Finalmente, cuando conseguimos los boletos para toda la familia y subimos al avión, me fui a dormir. Me pareció que pasó poco tiempo desde que salimos hasta que aterrizamos. Le dije a Katherine: “seguramente este fue el viaje más rápido”. Ella me dijo: “todavía estamos en Punta Arenas porque el avión está en llamas”. Uno de los motores se había incendiado y estábamos aterrizando de regreso en Punta Arenas. Tuvimos que esperar hasta el día siguiente para volver a Balmaceda. Vivimos muchas experiencias inusuales mientras vivíamos en Balmaceda, pero, como ya he dicho, algunos de los momentos más maravillosos los pasamos allí.

Un problema que tienen los misioneros en el campo es dar demasiado dinero para la obra. Estoy convencido de que a veces hacemos demasiado. Si el misionero construye todos los edificios y compra todas las Biblias e himnarios, nunca aprenderán a dar por su cuenta. Recuerdo que al principio solíamos comprar todos los himnarios. Veía sus páginas escritas o páginas arrancadas de los libros. La gente se llevaban los libros para sus casas y nunca los devolvían. Decidí probar un nuevo enfoque. Les dije que les costaría como quinientos pesos, que en ese tiempo eran como tres dólares por libro. A los miembros no pareció importarles y comenzaron a comprarlos. Después de eso nunca vi un himnario escrito o con las páginas arrancadas. Creo que es mejor dejar que la gente haga las cosas por sí misma, que hacerlo todo por ellos. Si hacen las cosas por sí mismos, lo valorarán más.

Teníamos una señora en la iglesia que me pidió que ayudara a su hijo a conseguir un trabajo. Como tenía un amigo que era dueño de una empacadora de frutas, acudí donde él. El hombre no era cristiano, pero era un muy buen amigo. Podía hablar algo de inglés y le gustaba practicarlo conmigo. Cuando le pregunté si contrataría al joven, dijo que en realidad no necesitaba a nadie. Pero, como yo era su amigo, le daría trabajo al joven. Pasaron un par de semanas que no veía a mi amigo. Cuando lo hice, le pregunté cómo estaba el joven. Él me dijo: “Tendrás que ir hablar donde el capataz”. Fui al capataz y me dijo: “pues no sé”. Sólo trabajó un día y renunció. Realmente me sentí mal por esto. Lamenté haberle pedido que contratara al joven. No fue sino unas pocas semanas después hasta que vino otro hombre y quería que le consiguiera un trabajo. Después de lo que pasó con la primera persona, realmente no quería ayudar a la segunda. Pero sentí pena por este hombre porque tenía una familia y realmente necesitaba trabajar. Lo llevé a mi amigo, Juan, quien dijo: “No tengo nada abierto en este momento”. Miró al joven y le preguntó: “¿Qué tipo de trabajo estás buscando?” Nunca olvidaré la respuesta que dio el joven. Él dijo: “Señor, mi costumbre siempre ha sido hacer todo lo que me dicen que haga, y siempre trato de hacerlo lo mejor que puedo”. Con esa respuesta, Juan lo contrató de inmediato.

Trabajó allí durante tres años hasta que apareció un mejor empleo. Fue Juan quien lo ayudó a conseguir ese trabajo. El joven se convirtió en gerente de un lugar de alquiler de autos. Cuando salí de Chile él fue quien me llevó al aeropuerto.

Charles Brooks, un buen misionero y amigo, también estaba organizando una escuela bíblica de vacaciones para un predicador en Dayton, Ohio. Mientras Charles estuvo allí, la iglesia contrató a diez misioneros recomendados por Charles. Resultó que yo fui uno de los afortunados. Al año siguiente el pastor de esa iglesia quiso visitar el campo misionero. Me avisaron que venía a Chile, luego a Bolivia y finalmente a Argentina. Dije, “Está bien”, y comencé a hacer los preparativos para su visita. Pocas semanas después recibí un mensaje en la radioafición de que había cambiado de planes. Había decidido ir primero a Bolivia y luego venir a Chile. Me dijeron

que cuando llegara a Bolivia, saldría al campo. Dijeron que me avisarían cuando vendría a Chile. Pasaron muchos días y no supe más de él. Un martes por la mañana, estaba en la radio y pregunté: “¿Cuándo viene ese pastor?” Actuaron sorprendidos. Dijeron: “¿Dijiste ‘¿cuándo?’”, partió ayer para Chile. Él ya debería estar allí. Bueno, estaba como a veinticinco millas de Santiago. Salté al auto y fui al aeropuerto. Traté de averiguar si tenían una lista de los pasajeros del día anterior. Pero no me dieron ninguna lista. Como sabía dónde se hospedaban la mayoría de las personas cuando venían a Santiago, fui allí. Me dijeron que no se había registrado. Luego fui al consulado y pregunté si sabían algo. Ellos me dijeron que no. Ahora estaba realmente desconcertado en cuanto a qué hacer a continuación. Al día siguiente, Katherine y su amiga Carmen Inzunza fueron a todos los hoteles de Santiago pero no los encontraron. Él y su esposa viajaban juntos. Le dije a Katherine que no pensaba que volveríamos a tener noticias de esa iglesia o de ese predicador. Era viernes y ya habían pasado cinco días desde que intenté encontrarlo por primera vez. Fui a la oficina de correos a buscar el correo. En mi casilla postal había una nota de ese pastor. La nota me decía dónde se encontraba y que si no sabía nada de mí ese día, se iría de regreso a los Estados Unidos. Corrimos al hotel donde se hospedaban. Cuando llegamos, estaban bajado las escaleras con las maletas en las manos. Estábamos tan aliviados de verlos. Yo tenía una camioneta de carga y le dije a Katherine que condujera mientras yo estaba en la parte de atrás. De esa manera, él y su esposa podrían viajar dentro con Katherine. Este pastor tenía una iglesia grande en Dayton, Ohio, que costó alrededor de medio millón de dólares. Recuerdo haber pensado: “¿Qué puede estar pasando por su mente?” Pensé en él como un “gran predicador”. Era grande, pero ante los ojos de Dios, era solo un campesino como yo. Era de Kentucky. Tenía tres dedos en una mano y tocaba un “banyo de cinco cuerdas”.

El domingo por la mañana predicó. Luego lo llevamos a la costa donde teníamos otra obra. Esta vez, yo estaba conduciendo. Otro hombre iba con nosotros y estaba sentado en el medio. El predicador se sentó en el lado junto a la ventana. Katherine y su esposa estaban en nuestro pequeño vehículo Fiat conduciendo detrás de nosotros. En la parte trasera de la camioneta iban algunos de los niños y algunos otros miembros de la iglesia. La camioneta tenía una cubierta encima. Patty, mi hija menor, tocó en la ventana trasera. Ella me dijo: “Papá, tengo que ir al baño”. Acababa de empezar a llover y el suelo estaba muy embarrado de lodo. Salí del pavimento y, mientras lo hacía, el camión se deslizó hacia la zanja y se inclinó de lado, hacia el lado en el que estaba el pastor. Nos deslizamos unos cincuenta metros por la zanja antes de detenernos. Estábamos todos encima del predicador. Todos logramos salir. Todos estábamos cubiertos de barro. Vimos a un granjero que tenía un tractor y sacó el camión de la zanja. La camioneta no sufrió daños, solo se llenó de fango. Todos regresamos a la camioneta y nos fuimos a la reunión. En mi mente, estaba seguro de que nunca más volveríamos a saber de este predicador, después de todo lo que había pasado en su trato con nosotros, especialmente conmigo. Unas dos semanas después de su regreso a casa, recibimos un cheque por correo por mil doscientos dólares. La iglesia de este pastor nos ha estado apoyando durante veinte años o más. Permítanme insertar este pequeño dato. Él no sabía español. Mientras estaba en el hotel tuvo un problema con la puerta. No pudo hacer que se cerrara y estuvo preocupado toda la noche de que alguien entrara y tratara de robarle. Estoy tan agradecido de que Dios le haya dado un espíritu tan dulce y perdonador. ¿No es Dios maravilloso?

Al año siguiente tuve que ir a una reunión en Detroit. A unas veinte millas de Dayton empezamos a tener problemas con el coche. La cadena de distribución se había soltado. Me pregunté qué iba a hacer y luego recordé que este mismo pastor vivía en Dayton. Lo llamé y le dije que mi auto estaba averiado y que necesitaba ayuda. ¿Sabes lo que me dijo? “Ven aquí de la mejor manera que puedas”. Por supuesto, él solo estaba bromeando. Él vino y nos buscó y tuvimos una

maravillosa reunión con su iglesia. Ya había faltado a nuestra cita con la iglesia en Detroit. Dios me ha dado tantos amigos preciosos a través de los años que todavía son muy queridos para mí. ¡Alabado sea su nombre!

METER LA PATA

He hablado de los niños en el campo misionero. Creo que hay muchas lecciones que los niños nos pueden enseñar a los adultos. Mis dos hijos, David y Richard... solo tienen quince meses de diferencia en sus edades. Un día estaban aserrando madera. Estaban usando una sierra de corte transversal (serrucho de mano). Richard siempre ha tenido un problema de audición y tiene que usar un audífono. Richard dejó que el leño se resbalara y casi golpea a David en el pie. David dijo: “Richard, eres un estúpido”. Lo escuché y le dije: “David, deberías avergonzarte de hablarle así a tu hermano. Él tiene dificultades y creo que lo que hace lo hace bastante bien. Es que no te entendió”. No pasaron más de unos minutos y David tuvo que entrar y yo comencé a ayudar a Richard con la sierra. Llevábamos poco tiempo trabajando hasta que tiró del serrucho y me raspó el dedo. Instantáneamente dije: “Eres un estúpido”. En ese momento, David estaba saliendo por la puerta y me escuchó. Él me dijo: “Papá, creo que Richard para ser discapacitado como lo es, lo que hace lo hace bastante bien”. Ambos todavía me recuerdan a ese día.

METER AMBAS PATAS

Bueno, ya que estoy confesando mis errores, también podría decir esto. Ya les he mencionado que yo era un radioaficionado. Este hecho sucedió mientras vivíamos en Santiago. Yo tenía mi equipo de radio en el segundo piso. Un sábado, había estado en la radio durante unas dos horas hablando con otros misioneros. Katherine me llamó para que bajara, que era hora de comer. Le dije: “Está bien, en un minuto”. Empecé a hablar de nuevo. Ella me llamó de nuevo. “¿Podrías bajar?” le dije: “estaré allí en un minuto”. Bueno, ella me llamó por tercera vez. “Lewis, ¿quieres bajar por favor?” En ese momento, me levanté y fui al inicio de las escaleras y grité: “¿Podrías cerrar tu...” Y antes de que pudiera decir otra palabra, escuché: “¡Feliz cumpleaños! ¡Feliz cumpleaños para ti!” Qué sorpresa. Toda la sala y la cocina estaban llenas de invitados. Nunca llegué a pasar por eso nuevamente.

Recuerdo que hace varios años cuando los niños eran pequeños. Los cortes de pelo pueden resultar costosos. Le compré a Katherine una maquinilla de cortar cabello para recortar los niños. Por lo general, solo usaban cortes de pelos cortos. Más tarde esa semana, fui a la barbería a cortarme el cabello. Mientras el barbero me cortaba el pelo, le pregunté si era cristiano. Él me dijo: “Yo solía serlo”. Le pregunté: “¿No eres salvo ahora?” Él me dijo no. Le pregunté cómo se salvó. Me dio un testimonio bastante bueno de cómo había sido convencido de sus pecados y le había pedido a Jesús que entrara en su corazón. Después de contarme su testimonio, le dije: “Ahora, dime ¿cuándo dejaste de ser salvo?”. Ante eso, se puso tan nervioso que sus manos comenzaron a temblar. No hace falta decir que me hice el peor corte de cabello que jamás haya tenido. El domingo cuando nuestra familia fue a la iglesia, todos pensaron que Katherine me había cortado el pelo con la maquinilla que había comprado para los chicos. Salomón dijo, “hay un tiempo para todo”. Evidentemente, este no era el momento de testificarle a un peluquero mientras me cortaba el cabello.

CRIANDO NIÑOS EN EL CAMPO MISIONERO

En otra ocasión, los niños y yo estábamos en el bosque cortando leña. David deseaba de todo corazón jugar fútbol ese día. Faltaba poco tiempo antes de que comenzara el juego. Estaba cargando la madera en la camioneta lo más rápido que podía. Miró a Richard y le dijo: “¿Vas ayudarme? Ya he llevado cuatro troncos y tú no has llevado sino uno. Tan pronto como dijo esto, Richard arrojó el tronco que llevaba y le dijo: “Toma ahora este, y serán cinco”. Debido al problema de audición de Richard, solo cursó hasta el octavo grado. Más tarde fue a una escuela de oficios (vocacional) y aprendió a hacer muebles.

Recuerdo un año en navidad que iba a comprarle a cada uno de los niños un modelo de avión para armar. Llevé a los niños a la tienda para comprarles uno a ambos. Richard vio por casualidad un modelo de un gran barco grande que quería armar. Le dije: “Richard, no creo que puedas hacer eso. Ni siquiera yo mismo creo que pueda hacerlo”. Bueno, el corazón de Richard estaba puesto en ese barco, así que me rendí. Cuando llegamos a casa, estaban ansiosos por comenzar con sus modelos. David tomó su avión y sacó las instrucciones. En unos minutos se desanimó y se dio por vencido. En cambio Richard estaba muy concentrado en su proyecto. Me di cuenta de que Richard tenía un hombrecito que tenía que ir dentro de la nave. Tenía que colocarse dentro antes de armar la nave. Le dije a Richard que pusiera al hombre primero o no podría hacerlo más tarde. Más tarde regresé donde Richard estaba trabajando en su modelo. Había ensamblado el barco pero el hombre todavía estaba afuera. Le dije: “Hijo, te lo dije que pusieras al hombre primero.” Lo dejé, y cuando regresé la próxima vez, el hombre estaba dentro del barco. Cómo lo hizo no lo sé, pero me enteré de que tenía una buena habilidad para trabajar con la madera.

Cuando regresamos a los Estados Unidos, un amigo mío ayudó a Richard para conseguirle un trabajo en una fábrica de muebles. Había dos hermanos en una de las iglesias que visitamos que eran los dueños de la fábrica. Le preguntaron a Richard qué tipo de trabajo le gustaba hacer. Les dijo que había hecho muchas sillas. Comenzó a hacer sillas y fue muy cuidadoso en hacerlas bien. Después de terminar de hacer las sillas, los hermanos magullaban las sillas con cadenas, las manchaba y las vendían como antigüedades. Creo que esto es lo que llaman madera deprimida. Hoy Richard trabaja en una fábrica de lápices donde ha trabajado durante siete años. Solo ha perdido un día de trabajo hasta ahora.

DIOS SUPLE NUESTRAS NECESIDADES

Mientras vivía en Chattanooga, Tennessee, me pidieron que fuera a predicar en Blackstone, VA. El Dr. Gambrell me había prestado un Ford del 1969 para que lo condujera mientras estaba en casa. Estaba casi cerca del lugar donde me desviaría en la autopista 460. Vi que la luz roja se encendía en el tablero del vehículo. Me salí de la carretera y comencé a orar. Abrí la Biblia y busqué unos pasajes de las Escrituras que me animaran. Me senté allí durante unos quince minutos decidiendo qué hacer. Luego encendí el auto de nuevo, y la luz roja se apagó. Después de conducir solo unos metros más, volvió a encenderse. Seguí conduciendo y orando. Le pregunté: “Señor, ¿qué debo hacer?” Me parecía como si el Señor me hubiese dicho: “Será mejor que encuentres una estación de servicio”. Necesitaba gasolina y solo tenía doce dólares. Cuando llegué a la salida, había cuatro estaciones de servicio, una en cada esquina. Oré: “Señor, ¿en cuál de ellas debo entrar?” Me pareció que Él dijo: “en la estación *Golf*”. Dije: “Señor, las estaciones de gasolina *Golf* suelen ser las más caras”. ¿Alguna vez has discutido con Dios? De todos modos, esa fue la

que elegí. Para poder llegar a esa estación, tuve que cruzar un puente al otro lado de la carretera. Cuando llegué me detuve y le dije al asistente que quería gasolina. Le dije que también tenía problemas con la calefacción del coche y le pregunté si podía verificarlo. Mientras le ponía la gasolina, dijo casualmente: “Este es un hermoso día”. A lo cual le dije: “Este es el día que hizo Jehová”. A lo que él me respondió: “Nos gozaremos y alegraremos en él”. Le pregunté: “¿Dónde aprendiste eso?” Él me dijo: “Soy diácono en la Primera Iglesia Bautista en esta calle allá arriba”. Bueno, para hacer la historia larga una corta. Él me arregló mi coche. Tuvo que quitar ambas tapas de válvulas y reemplazar las juntas. Esto significaba que tenía que volver a llenar el cárter de aceite. Me regaló todas las juntas e hizo todo el trabajo. Cuando terminó, le pregunté cuánto le debía. Él me dijo: “Absolutamente nada”. Fue entonces cuando sacó un billete de cien dólares y me lo dio. Y me dijo que eso era por si acaso tenía más problemas en el camino. Por supuesto, yo le había pagado los doce dólares de la gasolina. ¡No es maravilloso ver cómo Dios obra en nuestras vidas y suple todas las necesidades!

DIOS SUPLE NUESTRAS NECESIDADES DE NUEVO

Recuerdo otra vez cuando Dios suplió todas mis necesidades. Yo había estado en una reunión de feligresía ese día. Esa mañana había un predicador que predicaba en contra de los bautistas del sur. Algunos de ustedes pueden recordar que hace varios años, si eras un misionero, todos querrían saber qué pensabas acerca de los bautistas del sur. Por lo general, si estabas en contra de sus doctrinas, podría obtener apoyo en casi cualquier iglesia bautista independiente. Bueno, este predicador despotricó y deliró sobre todas las cosas malas que tienen los bautistas del sur. Más tarde ese día me invitaron a ir a una iglesia a predicar. Quedaba a unas treinta millas desde mi residencia hasta su iglesia. En ese momento las cosas estaban bastante difíciles para nosotros y apenas tenía suficiente gasolina para llegar allí. Mi pensamiento fue... Tengo suficiente gasolina para llegar allí. Seguramente, me recogerán una ofrenda y tendré suficiente para volver. Como había estado de acuerdo con él, sobre los bautistas del sur, prediqué en la misma línea que él. Me di cuenta después de haber estado predicando durante unos minutos que Katherine estaba tratando de llamar mi atención. Ella estaba agitando un pequeño libro en su mano. Bueno, ya se lo imaginan. Era una publicación trimestral de los bautistas del sur. Entonces fue que me di cuenta de que en la parte de atrás de los bancos estaba llena de las revistas trimestrales. Cuando terminé de predicar, nadie me habló. Ni siquiera el predicador. Todos salieron de la iglesia y Katherine y yo estábamos sentados en el estacionamiento solos. Ella me miró y dijo: “Realmente sí que lo hiciste esta vez”. Ella me dijo: “¿Cómo diablos vamos a llegar a casa? No tenemos dinero”. Glenda, nuestra hija mayor, estaba en el asiento trasero. Ella dijo: “Tengo el dinero del almuerzo para la próxima semana conmigo”. La cantidad era un dólar y veinticinco centavos. Esa era la cantidad que necesitaba cada lunes para pagar sus almuerzos de toda la semana. Como el precio de la gasolina era mucho menor en ese entonces, era suficiente para llevarnos a casa. De camino a casa, no dejaba de pensar en cómo odiaba enviar a mi hija a la escuela sin dinero para su almuerzo. Todos sabían cómo me había jactado diciendo que Dios suplirá todas nuestras necesidades. Me habían escuchado decirles a otros que confiaran en el Señor. Esa noche, antes de acostarme, oré para que Dios supliera nuestras necesidades. Aun así, no podía pensar en ninguna forma posible de obtener dinero a la mañana siguiente. Parece que queremos resolverles las situaciones a Dios y decirle cómo Él tiene que hacerlo. A la mañana siguiente nos despertó la radio que había sido puesta para las seis. Las primeras palabras que escuché fueron “hoy no habrá escuela”. Durante la

noche, Dios había enviado nueve pulgadas de nieve. Hasta el día de hoy, se me erizan los cabellos de tan solo pensarlo. ¡Servimos a un Dios grande y maravilloso!

REITERADAMENTE

Recuerdo otra vez cuando regresaba de Blackstone, en Virginia. Al pasar por una iglesia bautista en Chilhowie, en Virginia, noté que había muchos autos en el estacionamiento. Mi curiosidad pudo más que yo. Me detuve para ver qué estaba sucediendo. Estaban teniendo una reunión de feligresía. Vi a Ray Lindsey de Chattanooga. Era un viejo amigo mío. Me presentó a varios otros predicadores. Me pidieron que dijera algunas palabras. Tardé unos cinco minutos en decirles lo que había estado haciendo y hacia dónde me dirigía. Varios de los predicadores querían que fuera a sus iglesias. Les dije que tenía que estar en Kingsport el domingo y que estaría demasiado lejos para poder conducir de regreso a su área. En otras palabras, tuve que rechazar varias invitaciones para cumplir con mi cita en Kingsport el domingo. El domingo fui a Kingsport. El pastor estaba de vacaciones. La iglesia ni siquiera recogió una ofrenda para mí. Muchas veces los pastores usan misioneros para reemplazarlos mientras están fuera. Estaba realmente abatido cuando había usado todo el dinero que tenía para volver a casa.

Bueno, la semana siguiente me llamó una señora y me dijo que ella y su esposo estaban en una nueva iglesia y querían saber si yo podía ir allí. Esta dama, que el señor la bendiga, se había cambiado de iglesia en unas seis ocasiones desde que la conocí; pero en cada iglesia a la que se unía, hablaba con su pastor y él me invitaba a ir. Recuerdo haberle dicho a Katherine que si alguna vez me convirtiera en pastor de una iglesia, no la querría tener como miembro, aunque me había conseguido apoyo en todos los lugares donde había estado. Al día siguiente, el pastor me llamó y me preguntó si me gustaría que me consiguiera una habitación en un hotel. Me dijo que podía irme el sábado y así no tendría que levantarme tan temprano el domingo por la mañana. Eran unas setenta millas desde Chattanooga hasta Rome, Georgia, donde se suponía que debía predicar. Dijo que tendría una habitación reservada para mí. Cuando llegué allí el sábado, no había reservado ninguna habitación. Me costó veinticinco dólares y los pagué yo mismo. El domingo cuando llegamos a la iglesia, sólo había cinco personas allí. Estaban la dama y su esposo, el predicador, y una anciana y su nieto. El esposo de la dama era el que dirigía el devocional. Me dijo que le dolía la garganta y me preguntó si yo podía dirigir los cantos. Le dije que lo intentaría. Agregó: “doy la escuela dominical. ¿Puedes hacer eso también? Esa mañana dirigí los cánticos, di la clase en la escuela dominical y les prediqué. Cuando terminó el servicio en la iglesia, el predicador me preguntó si mi habitación ya estaba pagada. Le dije que yo la había pagado. Me entregó cien dólares. Pensé, esa es una oferta bastante buena para sólo estar con cinco personas. Cuando comencé a salir por la puerta, me entregó un sobre. Lo puse en mi bolsillo y, al igual que los misioneros, no podía esperar hasta estar fuera de la vista de la iglesia para abrirlo. Rápidamente busqué en mi bolsillo y saqué el sobre. Dentro había cuatro billetes de cien dólares. Dios obra de manera misteriosa y siempre viene a suplir nuestras necesidades. Él nos dice que no nos inquietemos por nada estéis afanosos.

A principios de los noventa, Katherine y yo habíamos estado viviendo en la casa de A. J. Easter mientras ellos estaban en los Estados Unidos. Antes de que ellos regresaran a Chile compramos una casa en el campo. Fue en el pueblo de Lautaro. Viajaba de un lado a otro remodelando la casa que habíamos comprado mientras Katherine se quedaba en Rancagua. Durante ese tiempo, tuve una camioneta Chevrolet 1980. Estaba teniendo problemas con el

carburador. Lo habían reparado varias veces, pero todavía me estaba dando problemas. El mecánico me dijo que podía cambiarle el carburador de cuatro bocas por uno de dos. Al hacerlo, gastaría menos gasolina. Le dije que lo cambiara. Durante un tiempo después de eso, condujo muy bien. Una mañana, después de eso salí de Lautaro y me dirigí a Rancagua. Había viajado unas veinte millas (32 km.). Miré el indicador de gasolina y estaba por la mitad. Yo la había llenado antes de salir y sabía que algo andaba mal. Me detuve a un lado de la carretera para ver que sucedía. Fue entonces cuando vi llamas que estaban saliendo del motor. En la parte trasera de la camioneta tenía mi maleta con mi ropa y mi caja de equipos llena de herramientas. Como tenía miedo de que explotara, me alejé lo más que pude. No me atrevía a intentar salvar nada. En ese momento, había comenzado a lloviznar. Todo lo que pude hacer fue mirar mientras la camioneta se incendiaba. Los autos que venían tenían miedo de pasar. Había autos alineados por cinco o seis millas (8 a 9 km.) en cada dirección. Cuando las llamas se dirigieron al tanque de gasolina, se dispararon unos veinte metros en el aire. A los pocos minutos llegó la policía. Me llevaron a la cárcel. Me interrogaron durante una hora. Después que se enteraron de que no tenía ningún seguro para la camioneta, me dejaron ir. Probablemente pensaron que la había quemado a propósito, pero como no tenía ningún seguro, sabían muy bien que no se trataba de eso. Ahora que no tenía camioneta, tenía que tomar un autobús de regreso a Lautaro. Empecé a utilizar mi fiel pequeño Fiat y partí de nuevo hacia Rancagua. Realmente extrañé mi camioneta mientras estaba trabajando en mi casa. Al día siguiente me dijeron que había una subasta en Puerto Montt. Eso queda a unas quinientas millas (805 km.) más al sur en Chile. Conocí a un misionero que vivía en Puerto Montt. Le pedí que revisara esa subasta. Me llamó y me dijo que había visto algunas camionetas que la Compañía Petrolera estaban subastando. Me dijo que había cuatro que me podrían interesar. Fui a Puerto Montt el día de la subasta. La primera de las cuatro camionetas fue subastada en cuatro millones y medio de pesos. La segunda fue en cuatro millones y la tercera en tres millones cuatrocientos pesos. Cuando llegaron a la cuarta la subasta subió hasta de dos millones cuatrocientos pesos. Hubo un silencio y dije: “cuatro cincuenta”. Todavía hubo un silencio. Recuerdo que el subastador me dijo: “Señor, se acaba de robar una buena camioneta”. Al día de hoy, sigue siendo una buena camioneta. AJ Eater todavía la está usando. No fue un robo. ¡Mi Padre Celestial me la dio!

OPORTUNIDADES PERDIDAS

Bueno, finalmente terminé mi casa en Lautaro y nos mudamos. A los pocos días de mudarnos, un joven pasó por frente a la casa. Iba en bicicleta. Estaba cayéndose de lo borracho, si saben a lo que me refiero. Quería saber si teníamos una botella de plástico que pudiera regalarle. Me dijo que iba camino a comprar ‘chicha’. Esta es una bebida hecha de manzanas. Supongo que es lo que llamaríamos sidra con alcohol. Encontré una botella y se la di. Después de que se fue, Katherine me preguntó si yo le había testificado. Le dije que “no” porque estaba borracho. Le dije: “Hablaré con él cuando esté sobrio”. Bueno, no se había ido tan lejos por mucho tiempo cuando regresó. Indicando que se había caído de la bicicleta y la botella se reventó y se le perdió toda la bebida de chicha. Ahora, él quería otra botella, así que le busqué otra y se la di. Katherine, me dijo: “¿Le dijiste algo esta vez?” Le dije: “Cariño, deja de preocuparte. Sé lo que estoy haciendo. Hablaré con él cuando esté sobrio”. Esto fue el sábado. El domingo por la mañana todos íbamos camino a la iglesia. Para llegar a la iglesia, teníamos que cruzar un pequeño puente. A medida que nos acercábamos, vi las luces intermitentes en el carro de la policía. Varias personas se reunieron alrededor. Mientras observábamos, sacaron a un joven del arroyo. Llevaba puesto un impermeable

color amarillo. Recuerdo haber visto el mismo impermeable amarillo el día anterior. Mientras miraba, vi como las ratas le habían comido los ojos. Esto sucedió hace más de quince años. A veces, cuando me despierto por las noches, todavía puedo ver cómo sacan el impermeable amarillo del arroyo. Sé que algún día tendré que ver a este hombre en el Juicio del Gran Trono Blanco. Esta no es una sensación agradable. Todo cristiano estará allí, con Cristo, como testigo. Mi pregunta para ti es. ¿Conoces a alguien a quien haya tenido la oportunidad de testificarle y no lo has hecho? Ruego para que Dios nos dé la carga de hacer más por Él de lo que estamos haciendo.

MIRAD LOS CAMPOS, PORQUE YA ESTÁN BLANCOS PARA LA SIEGA

Mi corazón está agobiado por la falta de personas que ni siquiera parecen estar interesadas en hacer la voluntad de Dios en sus vidas. A nadie parece importarle. Doy gracias a Dios por algunos de los grupos misioneros de damas que son fieles. Hacen muchas cosas para las misiones extranjeras. Sin embargo, solo hay unos pocos jóvenes que están dispuestos a ir. Acabo de terminar de hablar con el Dr. Gambrell hoy. Me dijo que hasta el año 2000, tenía veinte o veinticinco conferencias misioneras al año. Pero desde entonces, ha tenido alrededor de la mitad de esa cantidad cada año. Parece que las iglesias están haciendo más para atraer a los jóvenes y complacerlos que desafiarlos a través del servicio cristiano. Juegan juegos y comen pizza y nunca se les enfrenta para rendirse a las misiones. En otras palabras, están siendo entretenidos. Por lo general, cuando tienen un predicador para venir a la iglesia, los jóvenes son conducidos a otra parte del edificio para ir a cantar su música de rock cristiana. Que Dios nos ayude a volver a la senda antigua. Sigo creyendo que la gente se gana “por la locura de la predicación”. El apóstol Pablo lo dijo bajo la inspiración del Espíritu Santo. Estoy de acuerdo con esto.

Bueno, a partir de la fecha en que escribo esto, tengo setenta y nueve años y estoy legalmente ciego. El deseo de mi corazón sigue estando con el pueblo de Chile. A menos que Dios considere adecuado sanar mi vista, simplemente continuaré contando la historia aquí. Dios me ha dado una nueva esposa maravillosa y queremos servir a nuestro Salvador en todo lo que podamos. Alguien necesita tomar nuestro lugar en el campo misionero. ¿Irás? Bueno, sé que algunas de estas experiencias pueden haber sido aburridas para ti, pero espero que algunas te animen, especialmente si estás en el campo misionero. Si no lo estas, espero que estas experiencias te ayuden a escuchar el llamado del Espíritu. Asegúrese de probar la voz y luego haga su elección.

Doy gracias al Señor por haberme dado esos años maravillosos. A medida que envejezco doy gracias al Señor por todos los maravillosos recuerdos que me permite disfrutar.

ES UNA VIDA MARAVILLOSA

Como mencioné en el capítulo cinco de este libro, conocí a Dwight y Bonnie Norville en 1969. En ese capítulo, mencioné que regresaría y explicaría la providencia de Dios, que no vi en ese momento. El hermano Norville me había invitado a asistir a una conferencia de misiones en su iglesia. Dwight partió para ir a morar con el Señor en 1987. En el momento de su muerte, trabajaba en la Iglesia Bautista Clover Hill en Richmond, en Virginia. En el 2005, un año después de la muerte de Katherine, me invitaron a predicar en esta iglesia. Fue una sorpresa cuando llegué allí y ver a Bonnie porque pensé que se había regresado a vivir en Carolina del Norte. Era durante

el servicio de la escuela dominical y ella se había levantado para cantar. Ella no sabía que yo iba a estar allí ese domingo. Cuando me vio se sorprendió y hasta perdió su lugar en la canción y tuvo que empezar de nuevo.

Después de la escuela dominical, hablamos un poco y nos reencontramos. Hacía muchos años que no nos veíamos, desde que su esposo había muerto. Le pregunté si me enviaría un correo electrónico. Ella dijo que lo haría, pero nunca lo hizo. Luego le escribí a la iglesia y hablé con la secretaria, Millie Kemper. Ella, a su vez, llamó a Bonnie y le pidió que me enviara un correo electrónico. A Millie, yo la llamo mi cupido. Ese fue el comienzo de nuestro romance en Internet.

Mis planes eran volver a Chile mientras Pat y A.J. Easter estaban en su licencia. Entonces más tarde Bonnie vendría a Chile y nos casaríamos. Pero inmediatamente después de regresar a Chile, mi visión comenzó a disminuir. Tuve que regresar a los Estados Unidos después de solo un mes en Chile. En ese momento, le envié un correo electrónico a Bonnie y le dije: “Casémonos”. Ella me dijo: “¿Cuándo?” y dije mañana. Aquí es donde Millie volvió a entrar en escena. Ella planeó todo e hicimos lo que ella indicó. Ese gran día fue el 24 de junio de 2006.

Bonnie ha sido una esposa maravillosa y esperamos pasar el resto de nuestras vidas juntos, sirviéndole al Señor. A partir de hoy, he perdido alrededor del ochenta por ciento de mi visión. Debido a esto, no puedo leer ni conducir y Bonnie hace todas estas cosas por mí, y muy bien. Creo que Dios tiene una obra para nosotros. Sigo viajando y hablando en conferencias misioneras. Estamos tratando de animar a otros a que respondan al llamado del campo misionero y retomen la obra donde nosotros la dejamos.